This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 878.98

HARVARD COLLEGE LIBRARY

SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE DECEMBER MDCCCCVIII

SA 878.98

DOS PROYECTOS DE ACTUALIDAD

ASUNTOS
Hispano-Americanos

POR EL CORONEL

D. Mariano José Madueño

BARCELONA

TIPOGRAFIA DE PUJOL Y C.ª

45 — CALLE DE TALLERS — 45

1898

College Library
Gift of
Gilbald Cary Co
and
Clarence Loone
Nov. 9, 1912

SA 878.98

DOS PROYECTOS DE ACTUALIDAD

Asuntos Hispano-Americanos

CONSIDERACIONES GENERALES

El comercio y las ciencias de aplicación constituyen en los actuales tiempos la base del bienestar, la riqueza y el poder de las naciones; pero el comercio, no con colonias ni bajo el amparo de privilegios oficiales, sino el comercio libre, amplio, batallador, fuertemente competido y sobreexcitado por la concurrencia; el comercio con países amigos é independientes, sin gastos de administración ni mantenimiento de fuerzas ni sacrificios de vidas ni imposiciones de dominio político. Y las ciencias y las artes, también libres, de todo punto laicas, y en todas sus ramas y aplicaciones informadas por el espíritu moderno y con la marca de los últimos progresos.

Esto, con instituciones libres y una amplia descentralización, ha sido la causa eficiente del extraordinario crecimiento y colosal prosperidad de EE. UU. de Norte América. Apenas tiene un siglo de vida nacional é independiente y ya es una de las primeras potencias de la tierra, uno de los pueblos más adelantados, ricos y felices. Imitar su modo de ser, aplicando, en lo que cabe, sus procedimientos, es ponerse en camino de llegar, en no muy distantes días, al mismo grado de prosperidad y grandeza.

***

Es tal y tan estrecha la influencia de la política y de la administración pública en los negocios, cualesquiera que éstos sean, que no se puede dar un paso sin tropezar con aquéllas, sin sentir sus buenos ó malos efectos, según sea el espíritu que las aliente. Así es que se impone su estudio y conocimiento previos, para afirmarlas en lo que tengan de bueno y combatirlas en lo que tengan de malo, á fin de que en vez de ser obstáculo y tropiezo sean facilidad y apoyo, vida y no muerte del trabajo y del espíritu de empresa. Una mala política y una mala administración pública esterilizan los mayores esfuerzos y hacen que toda la vida económica de un pueblo y de un individuo se resienta de sus perniciosos efectos, ahogándose en flor las combinaciones más bien calculadas y los procedimientos más cuidadosamente llevados.

***

Por aquello de que más valen muchos pocos que pocos muchos, los derechos de aduana deben ser siempre lo más reducidos, y todo el sistema de tributación de un país debe estar caracterizado por una gran equidad y una sabia moderación. hasta como fuente más segura y abundante de recursos para el Estado que, por propia bien entendida conveniencia, debe más bien favorecer el desarrollo comercial, industrial y agrícola que deprimirlo con crecidas y múltiples gabelas.

Hasta hoy ha prevalecido en España todo lo contrario de estos sanos principios; de ahí su decadencia y todos los males que hoy la abruman, y que bien considerados, si ellos han de servir para cambiar positivamente de rumbo, no son seguramente males sino bienes con apariencias de daño. Sin querer, acaso Estados Unidos, haciendo el papel de inconsciente cirujano, ha cortado de raíz con ruda pero beneficiente mano para España, todos los miembros nocivos que embarazaban su adelanto y su marcha franca y recta por el camino del progreso.

Sin duda no habrá que darles las gracias porque no ha sido esa su intención; pero sí habrá que bendecir, tal vez, el momento en que decidieron provocar la guerra, así como aquel en que el Gobierno del Sr. Sagasta resolvió aceptarla.

¿Qué es en definitiva lo que se ha perdido? Dos colonias en que el espíritu de insurrección había llegado á hacerse crónico y de imposible duradera debelación, tanto por su carácter y circunstancias cuanto por la inmensa distancia en que se encontraban de la Metrópoli. Ya no eran ni podían ser fuentes de provecho sino vastos y lejanos cementerios donde iban á sepultarse, con triste periodicidad, ingentes caudales sin resultado y generaciones enteras de robustos mozos, víctimas, cuando no del plomo enemigo, del clima más mortífero todavía.

Prescindo del derecho que tienen todos los pueblos, hasta los más salvajes, para defender su independencia ó para procurar reconquistarla si alguna vez la han perdido, así como del que les asiste á los hijos para manejarse por sí mismos con entera independencia de la tutela paternal cuando han llegado á la mayor edad.

¿Hay algún territorio cuyos naturales hayan aceptado buenamente la dominación de otro pueblo? Todos han sido sometidos por la fuerza, y es natural que por la fuerza se deshaga lo que solo por la fuerza ha sido hecho.

Se ha querido, forzando el sentido natural de las cosas, incorporar artificialmente al suelo de una metrópoli, tierras muy lejanas, titulándolas provincias ultramarinas y concediéndoles en el nombre iguales derechos. Pero imparcial y racionalmente, no pueden considerarse como parte integrante del territorio de una nación, puntos distantes y separados por grandes océanos; son verdaderas colonias, países, en una palabra, sojuzgados y retenidos por la fuerza, sobre todo después de haber revelado su voluntad de sacudir la tutela á que están sometidos y que solo es legítima en tanto que es pacífica y voluntariamente soportada; porque jamás prescribe en los hombres y los pueblos el derecho á la libertad y al gobierno de sí mismos, cuando se sienten con capacidad para ello; siendo ellos propios los únicos jueces competentes para pronunciarse sobre esa capacidad. Y cuando en un pueblo colonial se presenta enérgicamente la aspiración á la independencia y soberanía, es que está ya elaborada toda su personalidad y ha llegado justamente la hora de su emancipación. La razón y el derecho aconsejan en tal caso á una metrópoli no contrariar este sublime florecimiento sino consagrarlo con el beso de paz de la amistad y de un honrado y deferente sentimiento paternal.

Los pueblos bárbaros ó todavía incapaces no pueden sentir enérgica y uniformemente esa noble aspiración—signo inequívoco de la personalidad plena—y viven contentos y sumisos á sus dominadores, cuyo yugo

es todavía para ellos un beneficio en vez de un mal, porque el delicado instrumento de la libertad aún se quebraría en sus manos.

Pero cuando el pueblo de una lejana colonia, instruído ya y consciente, se yergue una vez casi todo, demandando su independencia, hay que apresurarse á reconocérsela afirmando su amistad y vínculos de sangre é intereses, y ahorrándose los desastrosos efectos de estériles y funestas luchas.

Inculcar este género de consideraciones en el espíritu del pueblo español desde la primera insurrección de Cuba ha debido ser la obra inteligente y previsora de la prensa, de los gobiernos y de todas las clases dirigentes, preparando de ese modo á la nación, sin riesgos ni dificultades, al abandono oportuno y racional de la isla, abandono que, realzado por el mérito de la expontaneidad, habría permitido á España contar, no solo con la gratitud del pueblo cubano, sino con la estimación y los aplausos unánimes y calurosos de toda la América latina. Se habría con esto conquistado las simpatías del mundo todo, celebrando, además, con el pueblo así emancipado, convenios de amistad y comercio ventajosísimos, al paso que apartaba para siempre el pretexto que solapadamente venía buscando Estados Unidos para inmiscuirse directamente en sus asuntos y arrebatarle sus dominios después de desigual y facilísima guerra.

Si así se hubiera procedido, claro es que no habría tenido lugar la insensata cuanta funesta lucha con Estados Unidos, y en consecuencia, no habría habido que deplorar ni la pérdida de Puerto Rico y Filipinas, ni la de las escuadras, ni el derramamiento de tanta sangre, ni el empleo esteril de tantos millones de pesetas.

Todo esto se veía venir, y sin embargo, los ciegos políticos españoles no lo vieron ó no quisieron verlo, empecinados en ganar tiempo y burlar un temporal que al fin tenía que imponerse y destrozar cuanto se amontonaba á su paso. ¿Cómo ignorar, en efecto, el poder respectivo de las dos naciones; la inmensa desproporción de fuerzas y elementos y otras circunstancias como la proximidad de Cuba á las costas de la República, tanto como su distancia á la Península, con todo un gran océano de por medio y la enemistad de una potente insurrección que forzosamente prestaría su concurso á un tremendo adversario que se presentaba, ya no como el velado auxiliador de ayer sino como el libertador (!) desembozado y resuelto de hoy?

Los que teniendo conciencia de todo esto abogaron por la guerra hispano-yanke, con la seguridad absoluta del desastre, solo por *punto de honor*, como dicen, no han sido quisquillosos caballeros sino unos grandísimos insensatos.

¿Y cómo habría quedado mejor eso que por otros se llama negra honrrilla? ¿Emancipando noble y prudencialmente á Cuba, por acto de expontánea voluntad, con el aplauso de toda la tierra, sin derrotas ni humillaciones, sin sacrificio de hombres ni de dinero; ó abandonando, como ha sucedido hoy, de un modo vejatorio, bajo la imposición terminante de un vencedor altanero y casi intacto, esa hermosa isla, cuya suerte final es al presente dudosa, y con ella la pérdida fácil de Puerto Rico y Filipinas?

Aquí, en esta contienda, España todo lo ha perdido, y según lo dicen muchos de sus hijos, hasta el honor, si es que hay honor en ser un bárbaro más afortunado en la guerra; en la guerra, sí, en ese padrón de ignominia de la civilización presente, en esa estúpida negociación de la razón humana, en ese medio salvaje y brutal que es la contradicción denigrante del derecho y el baldón del progreso hominal de nuestros días: orla negra de este brillante siglo de luces y descubrimientos.

En verdad, España insistiendo en retener á viva fuerza pueblos que exigían su independencia, y Estados Unidos interviniendo después, tam-

bién por medios de fuerza, en nombre de intereses bastardos y con la mira, no de libertar á esos pueblos, sino de sustituirse en su dominio, ejerciendo un doble y repugnante despojo, han sido y son dos causas á cual peores, aunque mucho más antipática y censurable la segunda; mereciendo ambas la repulsa y condenación moral de todo el mundo civilizado que cree y rinde culto al progreso social fundado en el derecho y la libertad universales, pese á todos los Bismark, los Salisbury, los Cánovas y Crispis.

Estados Unidos anexionista por fuerza y ejerciendo un doble despojo ha roto completamente con sus tradiciones. De qué distinto modo sería si desde un principio se hubiera visto claramente, sin asomo de duda, su misión libertadora y desinteresada.

***

Los hispano-americanos, ciertamente, hemos simpatizado y simpatizamos con la causa de emancipación de Cuba; pero por esfuerzo propio de sus hijos ó al fin por noble consentimiento de la Metrópoli; nunca por una directa intervención extraña en actitud de fuerza y con designios no rectos en el fondo.

Pronunciada esta intervención, y sin dejar de desear siempre la independencia de Cuba, las simpatías de la América latina se pusieron del lado de España que, conquista por conquista, tiene sobre el ningún derecho que asiste á la doble despojadora de hoy una posesión de hecho consagrada por los siglos y por la epopeya sin igual del descubrimiento del Nuevo Mundo, bajo la cual también Estados Unidos puede considerarse como hijo y deudor de la Nación española.

Laméntanse todavía muchos en la Península de haber perdido el dominio de Italia, de Flandes y de toda la América latina. Pero, por ventura ¿es razonable imaginar que dominaciones de carácter por necesidad eventual, fuesen perpetuas? ¿No se desmoronó el Imperio Romano? ¿No fué por fin vencido y arrojado á la otra parte del Estrecho el secular imperio de los árabes? ¿No se hizo trizas el brillante imperio napoleónico? ¿No cedió y tuvo al fin que retirarse la misma poderosa Albión de sus posesiones de América, hoy la colosal República de Estados Unidos? ¿España misma no tuvo que abandonar el continente americano después de quince años de inutil batallar?

Los errores de hoy no son más que el vivo reflejo de los errores de ayer ó su fiel reproducción.

En aquellos tiempos, en aquel primer cuarto del siglo, en que tanto en América como en Europa se sostuvieron porfiadas y terribles guerras de emancipación y sojuzgamiento, de predominio y de libertad, una torpe política pretendió retener, á sangre y fuego, bajo el sistema colonial, á todo un inmenso continente, al cual le había ya llegado de sobra la hora de su completa personalidad. Dejando á un lado el derecho ¿era sensato, era posible alimentar, siquiera fuese una remota y vaga esperanza de que esos y aún mayores esfuerzos de la Metrópoli fuesen coronados por el triunfo final? Si en Ayacucho hubieran triunfado las armas coloniales, Ayacucho no habría sido la última batalla, porque por necesidad, por la fuerza invencible de las cosas. por la situación, el número y el mayor poder esencial, la última batalla tenía que ser forzosamente de victoria para los latino-americanos.

Quince presuntas nacionalidades, entonces poco más ó menos con cuarenta millones de habitantes, luchaban á la vez en su propio suelo y en un territorio inmensísimo contra una Metrópoli de diez á doce millones de personas, que actuaba al otro lado del Atlántico, cuando ni siquiera habían vapores, y debilitada aún más por una lucha cruenta y prolongada, sostenida contra la invasión napoleónica; lucha de independencia

en que España defendía — ¡oh aberraciones del espíritu humano! —la misma causa que ella combatía por medio de sus ejércitos allá en América.

En vista de la esterilidad de la lucha, por la imposibilidad material de obtener el triunfo definitivo ¿qué era lo que aconsejaban la razón y una hábil política? Hacer, por lo menos, de la necesidad virtud; dar solemnemente por acto expontáneo de la Metrópoli la independencia á todos esos pueblos; celebrar este hermoso acto en todas las capitales del vasto continente, presidiendo por juntas peninsulares y americanas bajo la representación de los últimos virreyes y gobernadores y de los caudillos independientes, la constitución y organización soberanas de las nuevas nacionalidades.

Establecidos y regulados los nuevos gobiernos, debidamente zanjados y asegurados todos los intereses y pactado cuanto en razón pudo convenir trascendentalmente á la Metrópoli, retirarse en seguida por camino sembrado de flores y bajo arcos de bendición, de paz y de armonía, llevando en cartera con los pingües caudales de una amistad estrecha y un parentesco íntimo, magníficos tratados de comercio.

De este modo España habría reemplazado ventajosamente su perdido dominio político por el dominio comercial voluntario de esos vastos mercados; y puede calcularse hasta la fecha el venero de riqueza y prosperidad que esto habría importado para la Península. ¡Qué envidiable y pujante sería hoy su situación!

***

Muy lejos de esto y sin la más remota esperanza de triunfo final y duradero, la obcecada política de entonces fué de lucha hasta la última extremidad pretendiendo inutilmente imponer la sumisión por medio del terror. Pudiéndo ya sólo vencer, en cierto modo, en el terreno del acuerdo y de la transacción oportuna, prefirió la derrota militar, abandonando, ceñuda, un suelo que pudo, como dejo dicho, conservar hábilmente para su comercio é industrias; y, lo que es peor aún, volviéndole las espaldas por completo, en muchos años, hasta hoy mismo; circunstancia de la que han sacado gran partido otros pueblos más prácticos y de mayor iniciativa y perspicacia comerciales.

Inglaterra, con miras interesadas, coadyuvó poderosamente á la emancipación de esos pueblos, no por amor á la libertad ajena, sino para establecer en ellos su comercio, como lo hizo, dándole después una extensión de que no se tiene idea en la Península.

Al comercio inglés, aunque en mucha menor escala, siguieron el francés, el alemán, el yanki y últimamente el italiano, todos con grandes empresas de navegación trasatlántica y de circunvalación por las dilatadas costas del Nuevo Mundo. Y ¡cosa singular! solo España, la más indicada, la madre de esos pueblos, la que al asomar ahí alguna vez lleva la misma sangre y hace sonar los mismos nombres y el mismo gratísimo idioma á todos los oídos, *esa*, casi no tiene ahí comercio, ni flotas mercantes en que ondee el pabellón glorioso que por más de tres centurias cubrió esas tierras fecundísimas.

La bandera de oro y sangre ya no representa ni la guerra ni el dinero: esa enseña ha dejado de ser simbólica.

***

Pero aún es tiempo de enmendar tamaños errores; aún es tiempo, fija la vista en la América española, de compartir con Inglaterra y otros países, en esos inmensos territorios, la supremacia comercial; de recobrar un ascendiente industrial que no debió abandonarse nunca, teniendo la ventaja del idioma, la identidad del carácter, los vínculos de la sangre, la analogía de costumbres y tres siglos, en fin, de vida consubstancial en creencias, sentimientos y relaciones.

Esta reconducción á la verdadera senda, entrevista y preconizada algunas veces por espíritus reflexivos é ilustrados; esta mira vastísima y esta tan natural y lógica consideración, más de una vez expuestas y pregonadas, pero sólo como pasajeros relámpagos perdidos luego en la sombra, en lugar de quedar como sol sin ocaso en la mente de la nación española; deben pasar á ser, más que un ideal constante, un propósito invariable y firme, á todas horas presente en la voluntad y el esfuerzo nacionales, hasta llevarle completamente á la práctica.

Ha transcurrido casi un siglo de camino extraviado; pero ¿qué es un siglo para la vida de una nación? Es como una hora de equivocación en la vida de un individuo. Para volver sobre sus pasos nunca es tarde en un pueblo que encierra en sí todavía grandes elementos de vitalidad y que respira sobre uno de los más hermosos y fértiles suelos de Europa.

No se puede aceptar, como ha dicho un estadista inglés, que España sea una nación moribunda; es que toma por agonía un momentáneo eclipse, un estertor, no de muerte, sino de recogimiento de sus fuerzas y miembros para desplegarlos, bajo una nueva incubación de energías, en el sentido de una mejor y más amplia existencia nacional.

Los mismos que glosan con pesimismo y amargura de patriotas, ese exagerado juicio (más bien deseo de tradicional enemigo) no creen en él; porque el enfermo que se supone agonizante aún ofrece signos de mucha vida y mucha robustez. Que acierte en su curación y en el método de su convalecencia y le veréis en breve levantarse y marchar con paso firme hacia una situación esplendorosa, rebozante de vida y de salud.

Como ironía del momento, como figura circunstancial de retórica política, como dicho sensacional en cuya certeza efectiva no cree ni su mismo autor, puede pasar; pero no como expresión seria y correspondiente á una sólida verdad. ¡Moribunda la nación española, porque es víctima de un prolongado pero transitorio estacionarismo; porque ha perdido sus colonias en una lucha monstruosamente desigual, colonias que eran más bien para ella una rémora y una vorágine insaciable de sus energías y de su rica vitalidad! Mas bien puede decirse que España ha dejado de agonizar en los extremos del mundo, para entrar en plena salud y en plena vida peninsular.

***

El mal no está en haber perdido las colonias sino en la hora y el modo como se han perdido, consumando estériles sacrificios y haciendo por la fuerza con dolorosas humillaciones lo que á todas luces convenía haberse hecho voluntariamente y con oportunidad. Pero andando el tiempo el resultado viene á ser el mismo. Borradas á par que las desdichas las impresiones y las extrañezas de una situación nueva, vendrán junto con la calma y la reflexión, á la luz de la experiencia y de los hechos cumplidos en todas sus consecuencias, los grandes beneficios de tan importante transformación; porque para entonces España habrá ganado en intensidad y condensación, mucho más de lo que ha perdido en exótica extensión.

Hay que sustituir ese pesimismo absoluto de algunos con un pesimismo relativo y de circunstancias, el necesario para preparar y hacer posible la deseada regeneración; no dando á las palabras de Salisbury sino un valor limitado y convencional. Las multitudes, más impresionables y crédulas que las clases directoras é ilustradas, pueden, llevadas de los pesimismos absolutos que se propalan y publican, dar á las palabras del estadista inglés, mayor alcance del que en realidad tienen, atribuyéndoles exactitud matemática cuando no pasan de un humorismo británico de carácter ocasional; y por ahí caer falsamente en el anonadamiento, que si no es la agonía ni la muerte, es ó puede ser la paralización por largo

rato del movimiento y entusiasmo, la pérdida de la confianza en el esfuerzo nacional.

Hay, por lo tanto, que levantar el espíritu del país haciéndole tener fé en sus fuerzas y en sus todavía hermosos destinos. Nada se ha perdido cuando queda de pié un pueblo que trabaja, que se instruye, que se formaliza y que procura reponerse y mejorar en todos sentidos. Las grandezas pasadas pueden servir de garantía á grandezas futuras y á grandezas más sólidas, más esenciales, más propias de una alta civilización, y por lo tanto más venerandas é inatacables. A los horizontes de la prosperidad se va por distintos caminos: cuando se cierra uno quedan otros á escoger; y entre ellos hay siempre uno que es el mejor, el más amplio y más seguro —el de la libertad, el trabajo y el orden en el interior, y el del comercio libre como mercados igualmente libres y amigos en el exterior. De este modo, la enormidad del desastre puede ser la medida de la grandeza del resurgimiento.

***

España para desenvolverse y prosperar, para levantarse de su actual caída, muy mucho menos grave de lo que la supone un exagerado pesimismo, no necesita de colonias, más corruptoras y perjudiciales que provechosas en lo general, y de imposible duradera asimilación política. Donde hay solución de continuidad no puede haber cuerpo territorial; y por más que quiera forzarse el sentido de las cosas, tales posesiones no son ni pueden ser provincias ultramarinas, sino pueblos encadenados al Gobierno, siempre despótico y esquilmador, de la nación dominante. La India inglesa no es ni podrá ser jamás Inglaterra, sino un país sometido y encadenado al poderío inglés, como lo serán Filipinas, Puerto Rico y Cuba á sus nuevos señores *demócratas* de América. En este nuevo yugo la voz de mando la recibirán en lengua inglesa; quiere decir que el nuevo despotismo á que han sido sometidos comenzará por el idioma extraño.

Con todo. no hay que desesperar: todas las naciones, inclusive la astuta Inglaterra, que tienen y fomentan colonias lejanas, están llamadas, tarde ó temprano, á perderlas, porque sin poderlo evitar inoculan en ellas su civilización y su genio y con ellos, más ó menos pronto, el sentimiento y la necesidad de la independencia, que acaban al fin por conseguir.

Rusia, más cauta, y semejante al antiguo Imperio Romano, no conquista lejos sino lo que está limítrofe; no alarga los brazos para empuñar al otro lado de los océanos, sino que se extiende con todo el cuerpo sin solución de continuidad en los terrenos que la cercan y que son, no una ficción, sino una real prolongación de su territorio. Posesión que es dividida, aunque solo sea por un brazo de mar, se deshace de ella, la vende ó la cede; es así como se desprendió de esa gran extensión de tierras conocida por América rusa, habiendo tenido el buen sentido de cederla á Estados Unidos hace algún tiempo. Esa manera de crecer tiene seguramente mayores elementos de durabilidad y consistencia, llegando á formar física y moralmente una grande é indivisible nacionalidad, sin necesidad de ese apoyo artificial, frágil y costoso de las escuadras, tan susceptibles de desaparecer en un día bajo la acción de inesperado temporal. Tales imperios, mucho más sólidos, no concluyen nunca por eliminaciones ó desprendimientos exteriores y lejanos, sino por trozamiento de sus propias entrañas como la antigua Roma.

El dilatado imperio colonial inglés es un imperio artificial. El día que por cualquier accidente decaiga el poder marítimo de Inglaterra, ¿qué será de sus colonias y de su actual esplendor en el mundo, reducida al ingrato suelo de sus islas? Verdad que hoy por hoy abarca un imperio más poderoso y fuerte que el de Rusia, y es su carácter, eminentemente previsor, activo y práctico.

Inglaterra, con plétora de habitantes en unas islas estrechas é improductivas, se ve obligada á complementar su vida en el exterior mediante la conservación y adquisición de nuevas colonias. En ella el sistema colonial es una necesidad, lo que en otras naciones es un lujo, una inconveniencia y hasta un despropósito. Se concibe, pues, y se explica la fiebre colonizadora de Inglaterra; no así, por ejemplo, la de novísima marca de Estados Unidos, que aún le queda un territorio inmenso y riquísimo que poblar y explotar en sus legítimos dominios. ¿A qué, entónces, colonias que le distraerán una buena parte de sus fuerzas y vitalidad? Es tan sólo un alarde de prepotencia ante las naciones europeas que difícilmente podrá sostenerse en la inteligente voluntad del pueblo norte-americano. No necesita de colonias; su adquisición le será más bien perjudicial en todos sentidos; así es que allí, donde tan claro se ve en esta clase de asuntos, concluirá por prevalecer la opinión de dar la independencia á esas mal adquiridas colonias, si no quieren malgastar también su sangre y su dinero torpemente.

Tampoco España, con ser veinte veces más pequeña en territorio y cinco en población, ha tenido necesidad de lejanas colonias. Su suelo hermoso y fertil no contiene sino dieciseis millones pudiendo contener cuarenta, tantos por lo menos como Francia; tiene, á la inversa que Inglaterra, como colonizar dentro, como desenvolverse interiormente, lo que no pueden ya hacer ni Francia ni Alemania, en las que un mayor desdoblamiento solo podría verificarse hacia fuera. Por su brillante posición, la riqueza de su suelo y la hermosura de su clima, España, concentrando en sí misma todas sus fuerzas sociales, puede, en breves años, volver á ser, como en los mejores tiempos de los árabes, el vergel de Europa, reconquistando en grande escala su antiguo poderío y respetabilidad. A la larga fué mayor la succión general que de ella hicieron sus numerosas colonias, que las ventajas que ella reportó. Toda savia dada á lejanas tierras es con detrimento de las propias, que pierden en población y cultivo lo que aquéllas ganan. Esta observación han debido tener presente las naciones colonizadoras de escasa población y escasos medios.

Más de media España dejó la Península y se desparramó por el vasto Continente descubierto por Colón, sin que volvieran sino muy pocos de los emigrados; lo que venía eran remesas de oro y plata que disfrutaban los reyes y unos cuantos magnates. La nación sólo cosechaba de esos dominios un enflaquecimiento general cada vez más creciente, hasta el punto de ser ella en el fondo la tributaria, en habitantes por lo menos, de esas lejanas tierras.

No quiere esto decir que todas hayan sido pérdidas en su conquista de América. A la gloria homérica é incomparable del descubrimiento hay que añadir la formación de un mundo nuevo amasado con su sangre, sus esfuerzos, sus ideas y su palabra; un mundo que perpetuará sobre el pedestal inmenso de los Andes el monumento de sus hazañas que hiende con su cabeza el cielo de la historia al paso que refleja su imagen en toda la extensión de los dos grandes océanos que lo circundan.

Ella ha creado é informado con su espíritu y su savia diecisiete nacionalidades que hablan su lengua y llevarán en su pecho hasta un muy lejano porvenir los alientos de su raza, las bellezas de su literatura y los caballerescos ideales de su romancesca hidalguía.

Caída está la patria del descubrimiento, la patria adoptiva de Colón, y á la inversa del común y bajo proceder de las gentes en la desgracia agena, extremo hoy las consideraciones y elogios que merece, y de los que, en situación de fortuna, habría sido más parco, seguramente.

Insistiré en punto tan capital aunque me repita cien veces. Ya es tiempo de darse cuenta exacta de la envidiable posición moral de España en el mundo. La América latina no es sino la prolongación de España en

todo un vasto Continente, inclusive el Brasil, que depende de élla, como también depende etnológica é históricamente el mismo Portugal.

Flandes fué una pura y breve dominación política, lo mismo que Nápoles; imperó en ellos un corto tiempo por las armas; pero esos pueblos conservaron su raza, su idioma y sus costumbres. España sólo pasó por ahí representada por sus ejércitos y sus monarcas. En América se vació, por decirlo así, incorporándose social, económica y filológicamente al suelo, clima y demás condiciones del nuevo mundo, que pobló y españolizó con sus hijos y con su lengua dándole vida y personalidad ibérica, que será ya eterna é indestructible, á pesar de los tristes augurios de un pesimismo descorazonado é irreflexivo.

No han ocasionado sorpresa ni el menor temor á la América Española los recientes triunfos de la América inglesa; ellos estaban de antemano descontados en caso de una guerra con España, por una sencilla consideración matemática ó si queréis de mecánica elemental: una fuerza de dos caballos en choque con una de diez tiene que ser forzosamente arrollada.

Y para explicarse fenómeno tan natural y tan corriente, no hay que recurrir en el orden político á otros factores, salvo el de la ignorancia de un pueblo que á tal empresa se arroja ó la de sus gobernantes que tan torpemente le envían á un seguro sacrificio.

Allí no había más que un dilema: ó soltar Cuba en oportuna ocasión, ó llegar al punto que se ha llegado. No habría valido una mejor escuadra, ni un mejor ejército, ni más dinero, ni más patriotismo, ni más moralidad interna, ni más entusiasmo. Con todo eso se habría ido á parar al mismo resultado, acaso con mayores sacrificios. ¿Por qué? Porque diez pueden siempre más que dos en igualdad de medios y condiciones personales. Esta desproporción enorme entre los dos países, que todo el mundo se tenía bien sabida, se ignoraba sólo en España.

Equivocaciones tan graves cuestan siempre muy caro á los pueblos como á los individuos. ¿Cómo no tener presentes, no obstante su evidencia, las condiciones adversísimas de la presunta lucha para España?

La enorme superioridad naval, la extrema proximidad de Cuba (teatro de las operaciones) á Estados Unidos, tanto que por el lado de la Florida se puede decir que se oye hasta la respiración de los pulmones yankis, un enemigo adelantadísimo y formidable con más de 70 millones de habitantes, extraordinariamente poderoso y rico, intacto en sus recursos, terco, osado, emprendedor, activo como ningún otro pueblo moderno. ¿Cómo esperar racionalmente salir bien, ni siquiera regular, en una contienda con semejante país, colaborado además por una potente insurrección, que ni siquiera se cuidó, como era de esperarse en tales circunstancias, de ganarla á la propia causa negociando con sus caudillos la independencia?

Dos Españas doblemente fuertes y mejor regidas no habrían podido dominar tal cúmulo de circunstancias adversas; habrían sucumbido igualmente. Si la guerra se hubiera aceptado ya sólo por cuestión de honor y de orgullo nacional, se habría debido abandonar de hecho las ya indefendibles colonias, y concentrando todas sus fuerzas y todas sus escuadras en la Península, llamar ahí en reto al colosal enemigo; la cuestión entonces habría variado de aspecto siendo posible y hasta probable el haber rechazado con éxito la agresión puramente naval de un enemigo poderoso pero muy distante. Cabía esta actitud en los límites de lo razonable y de lo hacedero. A lo menos, si de todos modos se hubieran perdido las colonias, se habría salvado la dignidad y concluído la guerra con altivez y grandeza, rechazando á cañonazos á la escuadra enemiga, como los peruanos en el Callao la flota del valiente Mendez Nuñez.

Pero pretender afrontar una lucha tan desigual en las Antillas y en Filipinas á la vez contra yankis é insurrectos, ha sido más que un des-

propósito una verdadera locura, una honda perturbación del juicio, disculpable en el pueblo á quien no se quiso decir la verdad; pero de ninguna manera en las clases directoras. Confiaban éstas y confiaban muy mal, ciertamente, en que recibirían auxilio eficaz de alguna ó algunas potencias europeas, y en todo caso contaban con una decisiva superioridad militar sobre los Estados Unidos, cuyas aptitudes para la guerra las conceptuaban poco menos que nulas.

No sabían ó no quisieron tener presente que ese mismo país, hace un siglo, había derrotado los ejércitos de la Gran Bretaña, su progenitora; que sostuvo, triunfando, una guerra con México; y que más tarde en su colosal guerra civil, conocida con el nombre de guerra separatista, asombró al mundo con el fabuloso despliegue de fuerzas y recursos que hizo; contienda qne duró cuatro años, llenos de sangrientos y terribles episodios, y en que, por tierra y por agua, se realizaron prodigios de valor y de fiereza, no menos que de inventiva militar. Campos arrasados, escuadras destruídas, ciudades incendiadas, líneas de defensa que se levantaban y ferrocarriles estratégicos que se construian á la par y bajo el fuego mismo de las batallas que se libraban: hubo algunas entre éstas en que quedaron sobre el campo más de cincuenta mil cadáveres. En las guerras de Napoleón sólo hay una tan cruenta—la de Moskova.

Pasma la cantidad de soldados que entraron en fuego y el número de millones de dollars que importó esta guerra; y pasma más aún la prontitud con que después de ella se niveló el presupuesto cubriéndose todas las deudas y restableciéndose la circulación en metálico, cuando inundado estaba el país de papel moneda que se cambió á la par por los bancos de la Nación, en oro ó plata, á voluntad.

Y considérese que de entonces acá el poder, la riqueza y la población de Estados Unidos han aumentado por lo menos en una tercera parte. Así se explica que ninguna nación europea haya querido tomar parte en favor de España; no sólo por natural egoismo sino porque conocen el tremendo poder de esa nación gigante capaz de afrontar con ventaja todó el poder de la Europa coaligada en el mar de las Antillas; no digo en su propio suelo y por tierra, porque es invulnerable. Se necesitaría llevar en barcos millones de soldados para contrarrestar su poder; es decir, un sueño, un imposible.

Así también se explica el porqué Napoleón III retiró sus ejércitos de México dejando en la estacada al pobre Maximiliano á la menor intimación de Estados Unidos hecha á raíz de haber concluído la mencionada guerra separatista: bastó una simple y perentoria notificación; y esto cuando Francia estaba en todo el apogeo de su poder y de su gloria militar, y cuando en ello estaba comprometido su honor, pues ella había llevado á México á Maximiliano y le había impuesto y levantado un trono con sus armas. Todavía sufrió más recibiendo por acto final del drama de su numen político, bajo los sombríos auspicios del cadalso, el cadaver de su protegido. Y tuvo que resignarse y que callar, porque es inútil encararse contra lo imposible.

Y así, por fin, se explica que la misma Inglaterra, tan soberbia y despótica con los demás pueblos, haya más de una vez inclinado humildemente la cabeza ante la menor intimación ó amenaza de su potente hija, á la que adula y con la que está siempre dispuesta á transar sagazmente. Es quizá que como madre abnegada y cariñosa contempla y recibe con mimos de abuela los caprichos y travesuras de su primogénita, en cuyo explendor y poderío se ve con satisfacción reproducida.

El mismo genial y autocrático Guillermo II se queda hoy con el deseo de conocer España, por no disgustar á su poderosa amiga de allende los mares.

Medid ahora por estos antecedentes y estos hechos cuánto ha tenido

de insensata la resolución de afrontar una guerra con Estados Unidos. Todas las potencias de Europa, sin excepción, le han tenido y le tienen no sólo respeto sino miedo. La única que ha ido á Roma por todo, la única temeraria y capaz de semejante arrojo ó especie de suicidio, por puntillo de honor ó por fé en su valentía y en la supuesta ineptitud del adversario, ha sido España: gato montés, pretendiendo defender un cachorro sublevado al otro lado del río y á la puerta misma de la cueva de un leon que lo apadrina. Pero todavía más que un león, un verdadero elefante.

La guerra se había hecho ya inevitable al subir Sagasta al poder; había pasado ya la oportunidad de eludirla haciendo conocer á todo el pueblo español el seguro desgraciado desenlace que ella tendría y el que ya solo podría admitir bajo la acción del hecho consumado. La aceptación del ultimatum de Estados Unidos y el consiguiente abandono de Cuba, se habría estimado, no como un acto de elevada previsión gubernativa, sino como un acto cobarde y atentatorio á la dignidad y los intereses de la nación; el pueblo, engañado y muy hondamente engañado como estaba, no habría tenido jamás cómo convencerse de su insubsanable impotencia para luchar con una nación tan fuerte como Estados Unidos y en las circunstancias más desfavorables que señalar sea posible en la historia de todas las guerras. De esa actitud, que era la juiciosa y la procedente para salvar á España, el gobierno no habría tenido nunca como sincerarse ni como probar lo acertado de su conducta, corriendo el riesgo de ser sacrificado y con aparente ignominia al consumarla.

Era menester una abnegación inmensa y un heroismo patriótico monumental para haber seguido, en tales circunstancias, en la solución del problema, los dictados de su conciencia, soportando para siempre con sublime resignación el peso de tremendas acusaciones. Es verdad que habría ayudado mucho á salir del paso un razonado manifiesto al país, tan claro y tan completo que no hubiera dejado lugar á dudas, máxime si á él se hubiera acompañado con estricta sugeción á la verdad un cuadro comparativo de los dos países, y de sus fuerzas respectivas, así como de todas las circunstancias políticas y militares de la desigual lucha en que iba á entrarse; y como complemento, sobre esa base, la convocatoria á plebiscitos y á una Asamblea nacional ad-hoc para que resolviese en nombre del país y con perfecto conocimiento de causa la actitud que convenía adoptar. Es seguro que Estados Unidos habría aguardado entonces los efectos de ese manifiesto y de esa convocatoria, y seguro también que la Asamblea se habría decidido por la solución más razonable, cual era el abandono de Cuba. En el caso improbable de que así no hubiera sido, la responsabilidad del gobierno habría quedado completamente á salvo.

Pero todas estas cosas se piensan muy bien después, y acaso el Gobierno, tan engañado como el pueblo, creyó de buena fé en la posibilidad de un éxito feliz: no siempre los gobernantes se hacen cargo de todos los factores de una situación, ni miden bien las proporciones y circunstancias de una lucha entre dos países, sobre todo cuando, geográficamente, son éstos entre sí muy lejanos.

El hecho real y ya irremediable es, que nadie se cuidó de averiguar y decir la verdad al pueblo: ni Gobierno, ni Parlamento, ni prensa diaria llenaron su misión de recto juicio y de sereno estudio del problema en cuestión, contribuyendo más bien cada uno en su esfera á mantener y ahondar el error. A lo menos, si la prensa diaria de gran circulación, ya que no quería escribir por sí misma en el sentido conveniente, hubiera reproducido todos los artículos que sobre el asunto registraba semanalmente *El Nuevo Régimen* de Pí y Margall, con eso solo habría bastado para tener aleccionado al pueblo y ponerle en disposición de secundar con su completo asentimiento una elevada política de previsión y cordura. Pero ¡qué! si nadie por entonces podía expresar ni el más ligero juicio que

apartase á la opinión del engaño en que se la mantenía ni de los desastrosos desenlaces á que se marchaba ciegamente y sin vacilaciones. Impúsose el silencio como para consumar mejor el suicidio. En todas partes la prensa diaria reproduce íntegramente cuanto se dice y se opina en el exterior, sin excluir ni los más virulentos juicios del enemigo, como el mejor medio de orientar é ilustrar la propia opinión, alumbrando la conciencia y el criterio nacionales. Aquí, por desgracia, no se ha querido oir ni la voz profética de sus más concienzudos publicistas y políticos, entre los que descuella por la serenidad y elevación de su juicio el eminente Pí y Margall, que ha sido el verdadero oráculo del país en el decurso de los grandes acontecimientos que le han sacudido de tres años al presente.

Es que se creía que los tiempos no habían avanzado y que España podía, sin obstáculo serio, continuar su leyenda histórica de legendarias hazañas, como en los tiempos de Isabel la Católica y Carlos I y como si la política, la guerra y otras circunstancias no hubieran sufrido alteración sensible. No se conocía ni se había estudiado á Norte-América, creyéndose con una candorosidad arrobadora que en la lucha sería fácilmente arrollada en mar y tierra; y el éxito ha causado tanto mayor estupor ó sorpresa cuanto mayor ha sido la fé en el valor y la pujanza tradicionales de los marinos y militares españoles; aquéllos casi sin barcos y éstos casi sin rifles habían de vencer con solo su pericia é intrepidez á los yankis, como Cortés á los indios de Montezuma y Prim á los árabes de Marruecos.

***

Justo es, con todo, el general clamor que surge de los cuatro ángulos de la Península en vista de tan doloroso desenlace y los propósitos de regeneración y enmienda que brotan de todos los labios; pero para no incurrir en exageración, hay que darse cuenta exacta de lo que ha ocurrido y de las verdaderas proporciones del mal, procurando no ver ni más ni menos de lo que hay en el fondo de las cosas. Juzgar serenamente con los ojos de la razón, no con los de la fantasía que tan dada es siempre á balancearse en los extremos. Grande ha sido el desastre experimentado, pero no tanto que dé lugar á las lamentaciones de un pesimismo que ya parece sentado sobre las ruinas de otra Cartago humedeciéndolas con el llanto inconsolable del que tiene ya perdida toda esperanza, al exagerar las dimensiones de una catástrofe que, en verdad, no ha sido tan profunda é inmediata como la experimentada por Francia el año 1870. Esta fué cercenada, no en colonias, sino en su propio territorio, en su misma indivisible personalidad, al arrancarle las dos hermosas y florecientes provincias de Alsacia y Lorena, carne de su carne y entraña de su propio ser, con más cinco mil millones de francos, independientemente de sus deudas y de los tremendos gastos y perjuicios que le ocasionó la guerra. Para que el desastre actual de España pudiera parangonarse con aquél, era necesario haber perdido, por ejemplo, Cataluña y Aragón, con más una crecida indemnización de guerra, independientemente también de las deudas contraídas y de los gastos hechos. Es así que dista mucho de tener la catástrofe española la magnitud de la francesa en 1870, luego no hay por qué descorazonarse al grado á que han llegado algunos espíritus impresionables. Instintivamente la masa del pueblo permanece poco menos que indiferente, no dando al desastre mayores proporciones de las que en realidad tiene. Sin duda que la sorprendente quietud del pueblo no obedece á otra causa. Esto no excluye su natural descontento y su vehemente justificado anhelo por alcanzar una reparación del desastre en la reforma interior de su vida política y económica.

La Asamblea de las Cámaras de Comercio convocada en Zaragoza responde á esta necesidad y á este deseo de la nación. Hermosos son los términos de su convocatoria y hermoso su programa; pero demasiado extenso

y recargado para ser practicable de un golpe. Es programa para mucho tiempo y del cual hay que entresacar tres ó cuatro líneas generales, las más comprensivas y fecundas, que encierren en sí virtualmente todos los demás puntos, para establecerlos en el día. La primera y principal y que en cierto modo encierra las demás reformas, sería el establecimiento amplio y sincero de la autonomía regional, ó en mejores términos, de la federación, ya sea bajo la monarquía actual, ya bajo la forma republicana, que es la más propia y adecuada á esa organización; pero, repito, no habría tampoco inconveniente en establecer la monarquía federal. Es este un sistema elástico y fructuoso, que cabe y se acomoda tan bien bajo la república como bajo la monarquía; y cabe con toda la extensión y perfeccionamiento que tiene, por ejemplo, en México y en Estados Unidos. Los partidarios de la autonomía regional no son en el fondo otra cosa que federalistas; solo que la manía de las distinciones, puramente nominales, les lleva á estatuir diferencias, no correspondientes á la verdad, hasta en las cosas, no ya solo iguales, sino perfectamente idénticas.

Ni liberales, ni conservadores dentro de la actual monarquía se diferencian por las ideas, sino por solo los intereses de círculo y de jefatura: unos y otros al subir al poder juran la misma Constitución, y resultan, según sea ésta, todos conservadores ó todos liberales. En rigor debieron llamarse hasta hace poco canovistas ó sagastinos.

Partidos distintos substancialmente solo son en la actualidad los federales y los unitarios, los monárquicos y los republicanos; los dos primeros caben dentro de las formas que sustentan los segundos. Todos los demás no son sino fracciones disidentes por razón de intereses personales ó agrupaciones distintas, de pura forma, con otros jefes y lugartenientes. Pero este defecto de la política española es común á casi todos los países, donde hay partidos, cuya denominación está luchando abiertamente con sus ideas y procedimientos; y otros como Estados Unidos, donde hay un partido que se llama republicano, como si alguna vez hubiera habido ahí ó habrá de haber un partido monárquico que es el que aquel está llamando á gritos como su natural contrario, y no (para que el despropósito sea completo) el de demócrata que allí existe, y el que á su vez parece que reclamara como rival el de aristócrata y no el de republicano; siendo así que, por lo general, en lo republicano está precisamente el asiento de lo democrático. De paso observaré que gran parte de los más solemnes hechos de la política del mundo están regidos por una lógica análoga á la que obedecen estos nombres, vagos y sin sentido unos, contradictorios y pueriles otros. De aquí que tres quintas partes de la política universal sean vaciedad, formulismo y *naderia;* una quinta, crímenes, abusos y fraudes; y otra, en algunos países, buen sentido, fructuosidad, acierto y honradez; pero en muchos, esta última parte se suma á la anterior.

El segundo punto ó línea general á que debe consagrarse preferente é inmediata atención, es la mayor difusión de la enseñanza llevándola hasta las más apartadas aldeas, haciéndola obligatoria, barata, bien retribuída y puntualmente pagada; sugetándola á los nuevos métodos é inspirada por el espíritu moderno: honrar y dignificar cada vez más el magisterio hasta ponerle en consideraciones y honorarios por encima de todas las demás carreras y profesiones: ella constituye el mejor y más alto sacerdocio del día, y será el único que quedará en el porvenir. El maestro y el alumno deben constituir las dos primeras notas y la primera relación de la vida social. El ideal impuesto á los que enseñan, á esos religiosos de la ciencia, es aliar en igual dosis la instrucción con la educación.

No basta ser fuerte, es necesario tener conciencia de su fuerza, y es lo que sólo alcanzan los pueblos instruídos.

No basta ser instruído, es necesario sentir y practicar la moral, y es lo que sólo alcanzan los pueblos educados.

La tercera línea general es reducir los gastos públicos á sólo los servicios útiles, teniendo, eso sí, pocos pero bien retribuídos empleados, en vez de muchos con paga deficiente. Seguir en esto á Inglaterra, que tiene desde la categoría de ministro hasta el más modesto empleado, verdaderas competencias en su esfera, á causa tal vez de que son ampliamente retribuídos, es el sistema que habría que adoptar á este respecto. También habría que disminuir la fuerza pública para aumentar y perfeccionar las escuelas y aún el servicio de policía dotándolo de una organización más moderna. Bajar y simplificar el sistema contributivo como el mejor apoyo dado al trabajo en general y hasta como medio más razonable de aumentar los ingresos públicos, de suerte que sean posibles el bienestar social y el desarrollo del comercio con el desahogo del Estado. En la actualidad, tanto en España como en otros países, se puede decir, *gráficamente*, que para implantar cualquiera industria se necesita tener dos capitales: uno para instalar y fomentar el negocio y otro para satisfacer las exigencias temerarias y cada vez más crecientes del Fisco ó sea del Estado, que no parece protector sino verdugo de la industria, y verdugo estúpido porque, á manera de inmensa esponja, seca la misma fuente de que recibe la vida. Se bebe toda el agua como si fuera insaciable hidrópico, en vez de satisfacer su sed como persona sana; ó bien es como aquel insensato que sentado en la rama de un árbol se entretenía en darle cortes al paso que le chupaba la savia, concluyendo por desgajarla del árbol, y venirse con ella de bruces al suelo, rompiéndose la crisma. Minar la propia base en que uno descansa parece obra de locos, y sin embargo hay políticos que pasan por cuerdos que incurren en este disparate. Es tan importante este lado de la administración pública en un país, que, puede decirse, no hay verdadero estadista al frente de los destinos de una nación si no tiene como línea de conducta las consideraciones expuestas, ó bien si no sabe combinar los ingresos del fisco con los intereses de la industria, de cuya prosperidad y buena marcha dependen absolutamente aquéllos. Debe también concluirse con el expedienteo y con tanto resorte inútil y hasta perjudicial, reduciendo á fórmulas sencillas y rápidas las largas, complicadas y embarazosas tramitaciones que dominan y cubren hoy, á manera de frondosos bosques de maleza, el anchuroso campo de la administración pública.

Esta parte de las reformas quedaría acertadamente coronada si las diversas y enormes deudas que pesan hoy sobre el erario peninsular, se unificaran conforme al sesudo proyecto que sobre el particular ha presentado y publicado el opulento barcelonés y senador vitalicio del Reino, D. Manuel Girona, ciudadano muy versado en esa clase de asuntos, y cuya opinión, por ser de calidad, es doblemente atendible. No he leído en ese orden, ciertamente, plan más sencillo y claro á par que más completo. Es, á mi humilde juicio, no la mejor, sino la única solución satisfactoria de tan arduo problema.

***

La cuarta línea general es la reaparición de España en el inmenso mundo ibero-americano como potencia industrial y comerciante, procurando igualar sino exceder en un vigoroso esfuerzo, en calidad, precio y condiciones, los artefactos similares de importación á los pueblos de América de las otras naciones europeas; aprovechando hábil y empeñosamente los poderosos vínculos que la sangre y el idioma han establecido entre la Península Ibérica y las repúblicas del Nuevo Mundo. Además de acreditar misiones especiales cerca de los gobiernos de todas esas repúblicas con el fin de estrechar en todos sentidos las relaciones existentes por medio de nuevos y más íntimos tratados de comercio y amistad, establecer ó favorecer bajo un impulso sostenido y fuerte la creación de grandes com-

pañías españolas de navegación trasatlántica y de circunvalación por las costas del nuevo Continente. No me queda la menor duda de que con un buen servicio y con tarifas, no más bajas, sino iguales, en los precios de transportes, fletes y pasajes, la navegación española sería en breve decididamente preferida á la de los demás países en toda la América latina. El uso perseverante é inteligente de este gran factor es claro que favorecería en grande escala á la industria y producción españolas, ensanchando hasta límites no imaginados su comercio de importación y exportación, y determinando á la vuelta de pocos años un enriquecimiento verdaderamente nacional como no lo ha tenido antes España. Será, entonces, no en la época del coloniaje, cuando ella comience á cosechar los beneficios del descubrimiento y de su conquista de América, donde, sacándosela de sus propias entrañas, plantó la semilla de diecisiete nacionalidades, que elevarán con los siglos la gloria de su raza y de su magnífico idioma á un punto á que no llegarán las otras jamás.

Ese gran comercio exterior, que no se ha querido ni entrever seriamente, y que tiene por base un mundo como término de relación; un mundo que abraza más de 25 millones de kilómetros cuadrados, como 25 veces Francia y España reunidas, y en que respiran más de 60 millones de habitantes que hablan la lengua ibera; ese gran comercio, digo, retornará tal poder y tal abundancia de medios para la Península, que en menos de medio siglo se habrá duplicado su población, cuadruplicado y perfeccionado sus industrias todas, reflorecido en enorme escala sus campos y agigantádose sus principales ciudades, atrayéndose otra vez la envidia y admiración de sus vecinas del viejo Continente, en las que nunca ha tenido ni tendrá verdaderas y leales amigas, sino unas insidiosas y mal conformadas rivales de su gloria y su grandeza; gozosas siempre, allá en el fondo de su alma, de sus decaimientos y contrariedades. Nunca le han podido *perdonar*, ni le perdonarán jamás, la gloria y la fortuna de haber descubierto y conquistado un mundo; y con pueril ligereza no quieren reconocer la grandiosidad que entraña, y á que no podrá llegar ninguna de ellas, el hecho de haber empollado diecisiete nacionalidades, si escasas hoy en habitantes, relativamente, grandes en territorio y opulencia, y más grandes aún en porvenir; las cuales en sus inevitables magníficos destinos llevarán el poderío y la gloria de la raza y el idioma españoles á un pináculo de preponderancia y universalidad á que no ha llegado ni llegará otra alguna. Todas esas repúblicas son gigantes de cuatro años; andando el tiempo tomarán la colosal estatura á que están llamadas. La América inglesa sólo les lleva la ventaja de haber tenido un desarrollo más prematuro; pero como ella encierran todos los elementos propios de las grandes nacionalidades. Sus vastos territorios, tan despoblados como ricos, semejan cuerpos de gigantes en los que el espíritu y la sangre aún no han acabado de crecer y extenderse por sus dilatados miembros.

Si la gloria del pasado pertenece á Europa, la gloria del porvenir pertenecerá á América. Hija y heredera del viejo continente, ella comienza, por decirlo así, su vida en el punto en que éste termina: su cuna se mece en la cumbre de la civilización actual; su era de progreso tiene su oriente en el ocaso todavía fulguroso y lleno de magnificencias del progreso europeo.

***

Por lo demás, descansen tranquilos, reduciendo las proporciones de su pesimismo, los que creen ó temen que Estados Unidos pretenda y pueda absorverse á toda la América latina. Es en extremo grande el bocado para que pase por su garganta, y demasiado espinoso por lo viril y batallador para que hayan mandíbulas que lo resistan. Unida la América española pesa

tanto ó más que la América inglesa en población y recursos; desunida también podría aniquilar sus esfuerzos en gigantesca lucha de detall. Sesenta millones de ibero-americanos distribuídos en un territorio inmenso, tres veces mayor que el de Estados Unidos, no son para ser anexionados fácilmente por ninguna nación, así se unieran tres de las más poderosas. Sus expediciones militares que tendrían que ir en barcos atravesando los océanos, concluirían por ser aniquiladas encontrando su tumba en las imponentes sábanas de América. ¿Acaso Estados Unidos ha triunfado en la Península y sentado en ella sus estandartes como Alemania en Francia? La ha vencido en el mar quitándole cólonias muy distantes del verdadero suelo español. Luego, querer defender colonias, y sublevadas, al otro extremo del mundo contra un enemigo formidable y sin tener siquiera un poder marítimo equivalente, ha sido pretender un imposible. El vencimiento de España era seguro, y á nadie ha sorprendido desenlace tan natural. Lo extraño habria sido que hubiese triunfado en semejante lucha. Ni conducida en tierra por Napoleón Bonaparte y en mar por Horacio Nelson, habría podido vencer. Menos desproporcional fué el avance de Napoleón hasta el corazón de la Rusia; y sabida es la manera como concluyó esa desventurada cuanto temeraria expedición.

También he leído en un reciente y hermoso manifiesto, que la batalla naval de Santiago de Cuba no ha sido la lucha de dos banderas, sino de dos razas; que allí la raza latina de ambos mundos quedó abatida por la raza sajona de América. Esta apreciación ó este juicio carece de fundamento sólido y no responde á la realidad de las cosas. En esa batalla no han luchado dos razas, ni siquiera dos banderas, sino dos principios. Que después de la victoria se haya falseado el movil y el carácter de la lucha, eso no desvirtúa su primitiva naturaleza. Es casi seguro que ese procedimiento del Gobierno yankee y sus adeptos sea materia de una poderosa é invencible reconsideración impuesta por el pueblo norteamericano, el que, sea dicho de paso, no es todo sajón sino una mezcla de muchas razas entre las que figura en proporción importante la raza latina. No se sostendrá, estoy seguro, la política de ultra-conquista inaugurada por Mackinley. Y si se sostiene ¡descuidad! los yankees llevarán en el pecado la penitencia. La gangrena que corroía á España la han reclamado y obtenido ellos para sí. No tardarán en sentir sus efectos, cuando obligados se vean á reducir cubanos y filipinos á viva fuerza, derramando la propia y la agena sangre, y hundiendo en el cieno los hermosos principios de democracia, de libertad y justicia que les legaron los Washington, los Franklin y demás paladines de su emancipación.

***

Después de todo y para que el problema tan funestamente desenlazado para España, no se exagere obscureciendo el verdadero juicio que él merece, hay que rectificar el concepto de extrema debilidad que hoy se atribuye á esta nación que, en rigor de verdad, así vencida como ha sido, ha dado pruebas de una vitalidad y de un poder relativo asombrosos; porque, ciertamente, el país que ha podido gastar, de cualquier modo que sea, más de cuatro mil millones de pesetas, en sostener cerca de tres años dos cruentas guerras coloniales en los dos extremos de la tierra, sin desatender por eso sus servicios normales en la Península; que ha podido enviar doscientos mil soldados al otro lado del Atlántico, el mayor ejército que haya cruzado los mares desde que el mundo es mundo; que concluye afrontándose y jugando el todo por el todo contra la nación más adelantada, más fuerte y más temida de la época, haciendo lo que no se habría atrevido á hacer ninguna otra, ni la inmensa Rusia ni la soberbia Inglaterra, que acostumbrada está á inclinar la cabeza y á pasar por todo al menor enojo ó ligera amenaza de Estados Unidos; que recibe, en fin, la

noticia de sus grandes desastres con una calma rayana en estoicismo, pues en un pueblo de su historia, de sus antecedentes y de sus hazañas, no puede atribuirse tal actitud á cobardía, ni siquiera á estupidez é ignorancia, desde que ignorancia también hay, y más de la que cualquiera pudiera figurarse, en las multitudes de otros pueblos que se tienen por muy cultos; la nación en cuya dura actualidad militan todas estas circunstancias, no tiene en verdad por qué avergonzarse, porque en su temerario arrojo ha sido aplastada, no por Abisinia ni ningún otro pobre estado africano, sino por el coloso del siglo, por aquella gran República que habituada está sin mover un regimiento ni disparar un cañonazo á hacerse obedecer por otras grandes potencias con simples ultimatums ó breves notas conminatorias. Y tal nación, España, no puede estar condenada como se insinúa por algunos, á ser repartida como otra Polonia, porque en su vencimiento mismo en abierta lucha con Estados Unidos y con dos insurrecciones, repito, ha dado muestras de una vitalidad y de un arrojo, que sabrán tomar en cuenta, llegado el caso, los pueblos que, llevados por los arrebatos del momento, y sin un estudio frío y sereno de las circunstancias, osaran atentar contra su integridad peninsular; porque si imposible le ha sido defender y conservar lejanas colonias, muy fácil le será escarmentar en su propio suelo á los invasores que condujese un nuevo Bonaparte, si es que hay un nuevo Bonaparte en toda la redondez del globo. Ese pueblo, hoy estoico, asumiría al verse agredido en su propia casa, la sañuda actitud de un embravecido león. Y á los hechos remitiría yo á los que en Europa le suponen ya fácil presa ó en un estado de descomposición semejante al de Turquía. No hay que irse tan lejos, señores vaticinadores de gacetilla ó señores políticos con tacto de ave de rapiña desolfatada. El león que veis ahí rendido no está muerto sino tomando aliento en reparador descanso. Acercaos y os espantará á furibundos zarpazos.

Hay otra nota sobre la cual importa mucho llamar la atención y es el patriotismo ibérico nunca desmentido. Ved sino á los españoles de larga data establecidos en América socorriendo á su país con crecidos donativos y obsequiando, en incremento de la escuadra nacional, valiosísimos cruceros: hermoso ejemplo de amor patrio que no debe pasar inadvertido y que merece de cualquier modo que sea, los más cumplidos elogios.

***

Mucho se viene escribiendo sobre el inevitable predominio de la raza sajona sobre la latina, llegando hasta profetizar la ruína total de esta última y el imperio definitivo y absoluto de la primera, que, según esos oráculos, ha de quedar dueña y señora del universo, teniendo á la latina por sierva. Parécenme descabellados é hijos del espíritu de sistema esos pronósticos que surgen con donosura filosófico social, cada vez que hay una guerra entre naciones de esas dos razas, en que la latina lleva la peor parte; pero que tienen buen cuidado de no aparecer cuando el éxito es contrario. Acaso dijeron otro tanto en favor de la raza latina cuando Napoleón I desparpajó á la teutónica, prima hermana de la sajona, en Alemania y Prusia; y cuando á punto estuvo de herir á la sajona propiamente dicha en su mismo asiento secular, en Inglaterra, á no haber mediado un Trafalgar.

No desconozco el espíritu viril, práctico, activo y tenaz de la raza sa-
ona, ni ninguna de sus sobresalientes cualidades; pero creo que la raza
atina no le va en zaga en muchas de ellas, y si es verdad que le cede en
ctividad y sentido práctico, en cambio, la supedita en imaginación y
ntusiasmo, lo cual es una atendible y valiosa compensación. Consultan-
o la historia se puede decir con mejor fundamento que las dos razas se
omplementan y que siempre se dividirán el imperio del mundo, incli-

nándose un poco más la balanza á una ú otra en sentido preponderante por épocas; nunca para siempre ó con carácter definitivo y absoluto. Cuando entre los latinos sube al poder un genio político, la raza se eleva y fulgura como sol estival desceñido de nubes. Si el pueblo latino en que se verifica tal encumbramiento estaba dividido, se unifica, como Italia bajo los Cavour, los Massini y Garibaldi; si estaba sometido y esclavo se yergue á la soberanía y á la libertad, como América bajo los Bolivar, los Washington y San Martín. La felicidad de la raza sajona es que casi siempre ha tenido en el poder á semi-genios, dos de los cuales equivalen, sino superan, en sus resultados, á un genio completo.

Pero, por otra parte ¿cuál es la nación de Europa y América donde se conserva pura una de las dos razas? Ni en Inglaterra se conserva pura la raza sajona, ni en Italia, Francia ó España la latina. Cuanto á Estados Unidos la mezcla es enorme; y á no ser por el idioma, que á modo de bandera naval cubre mercaderías de diversas procedencias, sería difícil distinguir cuál de las diferentes razas europeas que han ido allí á establecerse es la predominante. Nación cosmopolita por excelencia, ella podría responder á todas las lenguas como responde á muchas y muy diversas propensiones y temperamentos. Es ya casi el símbolo viviente de la fusión de todas las razas, confundidas en una sola potente nacionalidad, la más alta expresión sensible del cosmopolitismo moderno, el molde, en fin, en que ha de vaciarse algún día la fraternidad universal sostituyéndose á la idea estrecha de patria y de nación la idea extensa y sublime de humanidad y mundo-patrimonio de todos los hombres.

Encierra, pues, un concepto erróneo é inaceptable el decir que la batalla naval de Santiago de Cuba ha sido la lucha entre dos razas, quedando ahí abatida la latina bajo los golpes de la sajona, porque en unión de ésta habrán combatido muchos pertenecientes á aquélla, y que no son sajones sino por el habla. En esa batalla, repito, no se midieron dos razas, ni siquiera dos banderas, sino dos principios. El sentido democrático y avanzado del pueblo norteamericano hará al fin prevalecer el verdadero carácter de la lucha sobre el innoble de conquista con que se le ha falseado después de la victoria. La razón y el derecho recobrarán su imperio cuando pase la embriaguez producida por el triunfo, por más que éste, militarmente considerado, no haya tenido mayor mérito. Se luchó con una enorme superioridad de elementos; se venció á un enemigo físicamente muy inferior y solo igual en denuedo y resolución. Militarmente no ha habido ni deshonor para el vencido ni gloria para el vencedor. El mérito está en la previsión gubernativa de Estados Unidos que ha podido asegurar el triunfo desde antes sin mayores esfuerzos y sacrificios. El demérito en la imprevisión gubernativa de España que no debió nunca ir á la guerra con Estados Unidos y que ya que fué á ella debió estar más concienzudamente preparada, de modo de asegurar siquiera un triunfo parcial que permitiese obtener del poderoso enemigo la concesión de una paz menos onerosa y en cierto modo con algunas ventajas relativas, dado lo inevitable que era la catástrofe final en tan desproporcional contienda.

***

A pesar de todo—y vuelvo en ello á hacer hincapié—la pérdida total de esas remotas colonias ha sido seguramente una ventura para España; más aún si enmendando completamente los rumbos de su política interior y exterior, sabe sacar partido de ese aparente daño usando habilmente los grandes recursos que le quedan dentro y fuera de la Península. Dentro, repoblando sus montes, explotando sus minas, colonizando sus desiertos, utilizando sus aguas, mejorando y completando sus vías de comunicación, rehaciendo y ensanchando su agricultura, desarrollando y perfeccionando sus industrias, aumentando su comercio, mejorando sus pobla-

ciones y, sobre todo, extendiendo y difundiendo la instrucción sólida y práctica y la educación útil y sèria por todo el territorio á fin de poner á todos los españoles con la faz puesta al siglo grande y luminoso que viene y no á los siglos oscuros y muertos que pasaron con su inmenso séquito de sombras y de errores. Y fuera, lanzando sus principales líneas de vapores, toda su flota mercante, hácia los puertos y costas de ambas Américas; estrechando con todas las repúblicas de su orígen sus relaciones mercantiles, políticas, intelectuales y sociales: tratados de propiedad literaria, de reconocimiento mútuo de títulos académicos y profesionales, de conexión y comunicación permanente entre las instituciones científicas, pedagógicas, obreras é industriales; de facilidad y favor en todos sentidos para los hispano-americanos, especialmente en su condición civil en la Península, como por ejemplo, la admisión recíproca de todas las carreras, sin excepción y sin más requisito que el de ser debidamente profesadas; extender, en fin, de un modo positivo la patria española desde las costas del Estrecho de Gibraltar hasta México y el Estrecho de Magallanes, bajo los auspicios fecundos de la libertad, del derecho, de la justicia y la solidaridad del progreso. Sería esto, ciertamente, un paso más dado por la gran familia ibera en el sentido de la fraternidad universal, que viene llamando por boca de sus más adelantados filósofos á los hombres de todas las razas y de todas las latitudes, á confundirse en un solo sentimiento y en un solo principio: el mundo, como heredad y patria de todos los hombres; la Humanidad como una sola familia guiándose por la razón y moviéndose por el amor en marcha hacia un ideal de paz y dicha universales.

***

Ninguna nación hay, insisto, en mejores condiciones que España para acelerar y encauzar este gran movimiento; ninguna que tenga, si ella lo quiere, asumiendo una actitud ampliamente progresista, la autoridad moral que podría ejercer sobre diecisiete repúblicas adelantadas y viriles, hijas suyas, colocándose á presidirlas como la primera y más venerable entre naciones todas iguales y soberanas, capaces en una volición armónica y vigorosa, de cambiar en un sentido elevado la faz y los destinos del universo tan solo con el ejemplo y la influencia civilizadora y humana.

Penétrese bien España, caída la venda de sus ojos, de que todavía puede desempeñar una mejor y más grande misión histórica, haciéndose cargo de las peculiares y magníficas circunstancias que la favorecen y aprovechándolas. Con una conciencia clara y animosa de las excepcionales ventajas que para ella apareja esa brillante constelación de nacionalidades nuevas y pujantes, de pueblos que en un territorio inmenso responden á su idioma, á su literatura, á su conformación moral, á sus defectos y cualidades, á las palpitaciones de su sangre, á sus costumbres, á sus recuerdos, á todo el conjunto de sus condiciones etnológicas, ¿qué de cosas grandes, buenas y propias de una más alta civilización no podría realizar? ¡Qué atmósfera de poder, de bienandanza, de respetabilidad y de verdadera gloria la que vendría á circundarla!

Es necesario hacer nuevo hincapié en esta consideración, no fantástica, sino real: ninguna nación en la Tierra iguala á España en el porvenir de su raza y de su idioma, que hablarán, en más de veinte millones de kilómetros cuadrados, trescientos millones de habitantes, por lo menos, á la vuelta de unos cuantos siglos, si es que la ley del progreso es una verdad tan absoluta como el principio de gravitación universal.

Verdadera madre patria del Nuevo Mundo, hacia ella mirarán siempre con amor y veneración todas las generaciones de América, llamadas á proclamar, extender y perpetuar en casi una tercera parte del globo, la

gloria de su nombre, de su raza y de su lengua. Cuando España se pierda en la vieja Europa, se la encontrará reengrandecida y fulgurante en el Nuevo Continente, sobre cuyas altas cimas está escrita con caracteres de granito y moles de nieve su portentosa historia, alumbrada y saludada por innúmeras tempestades. ¡Muere, nación, si puedes!

***

Concluídas estas reflexiones generales y al amparo de ellas, propongo, descendiendo á lo práctico y concreto, los dos proyectos siguientes, que recomiendo á la seria consideración de los capitalistas é industriales de Madrid, Barcelona, Bilbao y toda España:

PROYECTO NUM. 1

Organización y fundación de la Compañia hispano-peruana de navegación y negocios en el Amazonas.

Para ningún hombre instruído es ó puede ser del todo desconocida la singular y grandiosa región del Amazonas, que toma su nombre del gran río que la baña y corta á modo de gigantesca arteria. Esta región inmensa guarda en sus llanos cubiertos de una vegetación frondosísima indescriptible, peculiares magníficos productos, que por su aplicación á la industría y á las necesidades de la civilización, constituyen una riqueza de carácter inagotable y casi virgen todavía, desde que la explotación de que es objeto, con ser ya grande como es, no representa aún ni la millonésima parte de lo que soporta un suelo donde la naturaleza, haciendo lujo de prodigalidad, ha derramado sus más preciados dones.

Arboles seculares, corpulentos y altísimos entrelazan bajo la tierra en centenares de leguas sus profundas y dilatadas raices y en el aire sus coposas y siempre florecientes ramas, formando como una red estupenda dentro de la cual bullen y se agitan innumerables y variadas plantas, vistosísimos pájaros, cuadrúpedos de todas clases, sorprendentes insectos y reptiles de todos colores y dimensiones. Ese bosque es la arboleda del Paraíso, densificada y extraordinariamente extendida por los siglos, viviendo en apretada cópula é inacabable abrazo desde la Creación. Allí el día poco se diferencia de la noche bajo la sombra perpetua de árboles que parecen cumbres y de ramajes que parecen bóvedas bizantinas. El sol como que pide permiso á las doce del día para deslizar, á través de la tupida malla de hojas y ramas, sobre la húmeda alfombra de verdura, uno que otro cordón de luz, más como para que no prescriban sus derechos soberanos de rey de la claridad, que como un imperio efectivo de que carece, á semejanza del actual sultán de Turquía con algunos de sus aparentes dominios.

La hoya del Amazonas, el más dilatado y caudaloso de los ríos de la Tierra, es el tronco de una numerosa ramificación de ríos, casi todos navegables por vapores que emplean en remontar sus aguas treinta, cuarenta y cincuenta días; lo cual basta por sí solo para dar una idea de la grandiosidad del río principal, llamado con mucha propiedad por el sabio naturalista Raymondi, Río-mar; y tres siglos antes por los españoles de la conquista que acompañaron á Francisco de Orellana, su descubridor, Mardulce: él, con sus grandes tributarios, que á su vez reciben infinidad de ríos menores, navegables también por pequeñas embarcaciones, constituye la región hidrográfica más importante del mundo, como que no hay otra que ofrezca ni en extensión, ni en número, ni en importancia de ríos un sistema más vasto y complicado.

Este gran río, este monarca absoluto de las corrientes, es á todos los ríos lo que son los tres picos del Himalaya á las más altas cimas de toda la Tierra. Parece un brazo colosal extendido desde las costas del Perú, por el gran Océano Pacífico hacia el gran Océano Atlántico, en cuyo seno parece penetrar como en demanda de sondearle el corazón; ó bien es el brazo gigantesco dirigido por mi patria, á través del Continente, al viejo mundo, como en demanda de mayor amistad, comercio é inmigración.

Nace, modesto riachuelo, de la pequeña laguna de Lauricocha situada en el departamento peruano de Junin, como á cincuenta leguas del Pacífico; y aún no ha recorrido cien leguas de su tortuosa marcha cuando por la adquisición de numerosas vertientes y tributarios, presenta ya un aspecto imponente y diríase que hasta navegable por el caudal de sus aguas, si no mediasen profundas caídas y tremendos rápidos que se repiten hasta el lejano Pongo de Manseriche, después del cual es ya fácilmente navegable y sin interrupción hasta el Atlántico.

Visto en algunos sitios desde las alturas de los Andes parece una inmensa boa desenvolviéndose y requebrándose en mil vueltas y revueltas allá en el fondo de las quebradas y los valles, y como aprisionando entre sus anillos, á modo de infinita cadena, las plantas de esos altísimos colosos de granito.

Al principio, sus aguas, ya claras, ya turbias, según la estación, fulguran en lontananza, reflejando las primeras, como en fugitivo espejo, los árboles que bordan y decoran sus dilatadas márgenes, inclinándose sobre la corriente, como en actitud de profunda reverencia.

En su marcha, á cada paso variable y curvilínea, parece encaminarse sucesivamente á los cuatro vientos; pero su dirección predominante es hacia el Norte, hasta que, próximo ya á la línea ecuatorial, cambia de dirección impeliendo definitivamente su caudal hacia el Este, es decir, hacia el Atlántico, que recibe en su seno ese inmenso contingente de aguas.

Leve y mezquino arroyo en sú origen, es un verdadero mar de agua dulce en su desembocadura, que mide de ancho ciento ochenta millas, sosteniéndose su corriente sobre la superficie del Atlántico — cuyo seno debe abrirse en una gran profundidad para que pase el gigante—por más de ciento cincuenta millas. En la boca se levantan multitud de islas, algunas de gran extensión, formando numerosos canales, constantemente cruzados por vapores y embarcaciones de todas clases y banderas, menos la española que brilla por su ausencia.

Después del Pongo de Manseriche recibe, entre muchos otros ríos de menor importancia, al caudaloso Huallaga, en cuya margen izquierda se levanta el comercial puerto peruano de Yurimaguas; al portentoso Ucayali, que guarda innúmeras riquezas en sus márgenes, especialmente el árbol de la goma (caucho, jebe, etc.) y que es navegable á vapor por muchos días en el sentido de su origen, poseyendo variada y muy abundante pesca; al Yavarí, tan caudaloso y rico como el anterior en los mismos productos; al Napo que entra por la margen izquierda y baja de la República del Ecuador; al expléndido y dilatado Yuruá que baja del Sudeste; y por fin, como á quinientas leguas todavía de su desembocadura, al colosal Madera, tan grande como el Río de la Plata, y al Río Negro, no menos gigantesco, que baja de la República de Venezuela y que es un émulo del Orinoco. Al lado izquierdo de la desembocadura del expresado Río Negro, se levanta la importante ciudad y puerto comercial brasileño de Manaos, hasta cuyo fondeadero llegan grandes vapores trasatlánticos de cinco y seis mil toneladas.

Las márgenes del gran río, como las de todos los que tributan en él sus aguas, están cubiertas de una vegetación exuberante y altísima, cuajada de útiles y valiosos productos y de una riquísima variedad de maderas.

Esta vegetación no es sino el marco ó filo de selvas misteriosas que se prolongan á uno y otro lado por centenares de leguas no exploradas todavía y que forman por decirlo así como el corazón del vasto Continente, cuya vena madre ó principal es el gran río Amazonas, tesoro de inagotable pesca en el fondo de sus aguas, y de inextinguible variada caza á lo largo de sus orillas.

En solo las márgenes de este río y sus principales afluentes podrían vivir y mantenerse desahogadamente todos los habitantes de Europa y Africa reunidos, pudiendo edificar sus poblaciones de maderas tan sólidas como la piedra y tener la familia más pobre un cortijo y una casa de su propiedad.

No es exagerado este cálculo si se considera que el Amazonas sólo, sin contar sus innumerables afluentes, mide desde su nacimiento en la laguna de Lauricocha hasta su desembocadura en el Atlántico, más de cuatro mil millas de extensión. Llegará un día en que bordadas todas sus márgenes de aldeas, villas y ciudades populosas, sea teatro de una gran civilizacion: especie de infinita alameda ó gran vía de líquido y movible piso, por cuyo centro en vez de carruajes y vehículos, transitarán innumerables pequeños vapores de servicio vecinal, transportando personas, frutos y mercaderías de uno en otro pueblo y rodeando para el envío y recepción de productos á los grandes paquetes de largo itinerario, cuyos viajes serán cien veces más frecuentes que en la actualidad.

Reina un perpetuo y fuerte verano en toda esa región; lo que se explica, tanto por el descenso del terreno, cuanto por su proximidad á la línea ecuatorial: la mayor parte está precisamente comprendida en la zona tórrida. La atmósfera está constantemente saturada de humedad, causa, además del suelo virgen, de su asombrosa fecundidad. Llueve á diario y de una manera torrencial; pero rara vez deja de lucir el sol por largas horas; sol abrasador que en lucha constante con densos nubarrones, concluye siempre por romperlos y disiparlos cada día, para volver al siguiente á entablar la misma lucha.

Imponentes y grandiosas son ahí las tempestades atmosféricas, las cuales se verifican con mucha frecuencia, algunas veces acompañadas de fuertes vientos, llamados allí turbonadas y que conmoviendo y erizando las tranquilas corrientes del río, ponen en peligro á las pequeñas embarcaciones; la superficie adquiere una forma de ebullición muy semejante á la del agua hirviendo. No hay peligro para las embarcaciones á vapor por pequeñas que sean.

El clima, no obstante el calor ecuatorial que hace, es bastante benigno, particularmente en el Amazonas peruano: no se conoce ahí la fiebre amarilla; y, salvo una que otra calentura palúdica en gente desarreglada, son raros los casos de tifus ó de otras dolencias análogas. La enfermedad más corriente es el reumatismo, como en Barcelona; pero con menos intensidad y persistencia, por la transpiración igual y constante en todo el año, que proporciona la fijeza del calor. La humedad y la lluvia constantes están en esas comarcas contrapesadas en todo el año por una alta temperatura. No hay ahí esos cambios bruscos, ni esas desigualdades violentas en la atmósfera, que originan tantas enfermedades. La salubridad de esos puntos depende seguramente en mucha parte de la uniformidad del tiempo, reducido á una sola estación: verano eterno.

Nada más hermoso que las salidas y puestas de sol en esos lugares: las nubes toman los más bellos colores y las más caprichosas formas, desde el castillo almenado y la figura de cualquier animal hasta el aspecto de lejana ciudad coronada de torres y obeliscos, y rodeada de arcos y monumentos; todo encendido é iluminado por vivísima luz tropical.

Divídense el dominio de esta maravillosa región el Perú y el Brasil. Al primero pertenece toda la parte del alto Amazona y el origen del gran

río; al segundo toda la parte baja y su desembocadura en el Atlántico. Dentro del territorio del primero, está la parte más rica, más variada, más sana y de productos más selectos. Dentro del territorio del segundo, sin perjuicio de encerrar análogas riquezas, la parte más caudalosa, más extensa y de comunicación más inmediata con el resto del mundo.

En uno de los canales de la desembocadura tiene el Brasil la importante ciudad y puerto de mucho tráfico, Belem del Pará, metrópoli del Estado federal del mismo nombre y centro de grandes operaciones comerciales.

A quinientas leguas de la boca, posee el no menos importante puerto de Manaos, capital del Estado federal del Amazonas brasileño y centro, igualmente, de vida y tráfico comercial.

Entre el Pará y Manaos, á una y otra margen del río, se ostentan infinidad de caseríos, villas, haciendas y pequeños puertos, entre los que trafican gran número de pequeñas embarcaciones. En ese trayecto está el pequeño puerto militar de Óbidos, punto en que se estrecha el Amazonas, y donde sus aguas alcanzan una enorme profundidad.

Más arriba de Manaos siguen en ambas márgenes, á grandes trechos de distancia unos de otros, muchos caseríos y pequeñas haciendas, destinadas con el tiempo á un gran porvenir.

Como á seis ó siete días de navegación, subiendo, comienza el alto Amazonas, ó sea el Amazonas peruano con su cortejo, igualmente, de villas, haciendas, caseríos y pequeños puertos, entre los que circulan así mismo considerable número de pequeños vapores y pequeñas embarcaciones, que van desde el Yuruá y el Yavarí hasta los confines del Ucayali, del Huallaga, del Napo y del Marañón hacia su nacimiento.

En el Amazonas peruano, propiamenie dicho, figuran, entre otros de menor importancia, los puertos de Nazaret, Leticia, Caballo-cocha, Pebas, Nauta é Iquitos, que es el más notable y capital hoy del vastísimo Departamento de Loreto, honor que hace tiempo le pertenecía y que, merced al movimiento federal iniciado el 2 de Mayo de 1896, en virtud del cual Loreto se constituyó en Estado autónomo pero siempre como parte integrante de la República del Perú, llevando por capital á Iquitos, pudo éste obtener, por fin, justicia de los últimos Congresos nacionales. No hace dos años que ha sido declarado Capital en sustitución de la antigua é interna ciudad de Moyobamba. (Nota *A*. — Véanse al final todas las notas).

El Departamento de Loreto es tan vasto que él sólo constituye más de la mitad del territorio del Perú, excediendo en extensión al conjunto de los diecinueve departamentos restantes en que está dividida la República. Mide ó abraza por el costado oriental casi todo el largo del Perú y se extiende por espacios no explorados todavía hacia el corazón del Brasil, el Noreste de Bolivia y el Sudeste del Ecuador y Nueva Granada ó Colombia.

Iquitos, capital de hecho hace algunos años, y hoy de hecho y de derecho, del departamento en que me ocupo, es el puerto principal del Amazonas peruano, y el centro de un activo comercio de gomas y otras materias primas que dan los ríos ó sea el suelo de ese singular territorio; productos que tienen fácil y muy lucrativa colocación en los mercados europeos y en los de Norte América y otros puntos del Nuevo Continente. Nueva York, el Havre, Manchester, Amberes, Marsella, etcétera, reciben en cantidad esas materias primas y las reparten por todo Europa; productos similares á los del Brasil, pero de mejor calidad, y á muchos de los cuales les atribuyen erróneamente orígen brasilero cuando en realidad solo pasan por aguas y puertos brasileños.

El café que se cosecha en Loreto es muy superior al café del Brasil y aún al de Puerto Rico. El tabaco de Jeberos y Tarapoto, comarcas de

Loreto, es inmejorable y muy superior á todo el que se cosecha en el resto de Sud América. La coca y la quina, peculiares del suelo del Perú y Bolivia, constituyen un ramo de explotación de primer orden; ambos productos de selecta calidad abundan en el suelo del Amazonas peruano, y constituyen, junto con la exquisita vainilla, el excelente cacao, el marfil vegetal, la salutífera zarzaparrilla y cien mil vegetales más, útiles á la industria y á la medicina, un enorme bagaje de recursos para la exportación. No hablo de los lavaderos de oro del Pongo de Manseriche y otros puntos, porque aún esperan el capital que ha de iniciar su movimiento y renombre en el mundo de las empresas.

Si á esta concisa relación de materias se añade el arroz y el azúcar que se produce en cantidad, el sinnúmero de maderas finas, el caucho, el jebe y el sernamby de que plagados están los ríos Ucayabi y Yavarí y las pampas del Sacramento, y que ellos solos bastan para sostener, como sostienen, un enorme comercio con determinadas plazas europeas y americanas; se tendrá una idea de lo que importa y significa para el comercio universal esa región maravillosa, ese espléndido mercado que ofrezco en síntesis y pálida descripción á la mirada zozobrante y anhelosa de la repentinamente desposeída industria española.

Las mismas plazas europeas y americanas que acabo de indicar y otras muchas, entre ellas Lisboa, que remite hasta patatas, envían de retorno á todo el Amazonas ingentes remesas de artefactos, mercaderías y productos europeos y americanos, vendiéndolos carísimos, no tanto por dinero, cuanto por materias primas á bajo precio, que colocan después á muy alto valor en Europa, cuando no las elaboran y utilizan directamente los socios fabricantes é industriales ganando en consecuencia por un doble concepto. Así se explica el rápido progreso de casas comerciales de condición muy raquítica en sus comienzos, convertidas de la noche á la mañana en casas de primer orden; así el enriquecimiento de muchos comerciantes que empezaron breves años atrás con dos mal contados cuartos. Es que ahí adquieren precios increibles todos los efectos europeos, desde el champagne falsificado que aquí se paga á tres pesetas y allí á tres duros, hasta la modesta cerveza de quince céntimos que allí se vende á cinco pesetas. Todos los artículos valen, por lo menos, el triple de su costo en Europa. Y téngase en cuenta que los derechos de aduana no son crecidos ni más caro el transporte que á cualquier otro punto de Sud América.

Hácese ahí un gran consumo, á precios fabulosos, de vinos, conservas y licores europeos de todas clases. El Portugal remite hasta patatas y verduras de mesa; porque bueno es saber que esa región tan fecunda como es en sus peculiares productos, no alimenta en su suelo ciertas raíces y tubérculos, de que tan pródiga es Europa y el Perú occidental. Sorprenderá á primera vista que Iquitos se surta de esos objetos en los campos lusitanos, pudiendo obtenerlos del resto del mismo Perú, donde tanto abundan; pero es que si Iquitos está por los aires mucho más cerca de Lima que de Lisboa, no lo está en cuanto á la facilidad y prontitud de la comunicación. De Lima lo distancian fragosas sendas, dilatados y penosos caminos de á pié y de á caballo, que no pueden salvarse con los obligados descansos en menos de cincuenta días, la mitad casi de lo que se emplearía por vapor cómodamente en un viaje de Iquitos á Barcelona. Para el comercio y la comunicación ¡cosa singular! Iquitos está, pues, más cerca de Europa que de la propia capital de la República.

Todos los ramos de la industria europea tienen allí cabida, todos se colocan en breve tiempo á elevados y seductores precios; soportando la región una competencia aún mucho mayor de la que hay establecida y que es aún muy pequeña, con estar muy desarrollada, para las necesidades cada vez más extensas de ese mundo aparte en rápido crecimiento.

La misma industria naviera española tiene ahí un vasto campo de explotación, lo mismo que las compañías de navegación á vapor, en cuyas naves pueden marchar, resueltamente, en busca de mejores horizontes las industrias todas de la alelada Península.

Es un mercado de mil seiscientas leguas á dos márgenes el que tengo la satisfacción de presentar ante sus ojos, invitándola á desenvolver en campo libre y en condiciones muy superiores, aunque de mayor esfuerzo, su adormecido y acurrucado espíritu comercial. Allá sus tejidos, allá sus artes, allá sus vinos y licores; que sientan esos lugares, después de haber experimentado y heredado sus alientos guerreros, su pujanza industrial y comerciante, el valor de su amistad y parentesco, la España, ya no del siglo XIX sino del siglo XX.

Iquitos es una ciudad de reciente creación, apenas tiene veinte años de fundada. Su planta es moderna, sus calles son anchas como las del ensanche de Barcelona. Hace ese número de años que era una miserable ranchería de poco más de cien personas, hoy cuenta con más de doce mil habitantes, con numerosas tiendas, con importantes casas comerciales, con buenos edificios y buenas plazas, con escuelas, un buen puerto y una excelente factoría.

Cuenta además por ciertas épocas del año con una población flotante; la de los caucheros capataces que en gran número, en determinados períodos de tiempo, acuden de todos los ríos á verificar sus transacciones, á dejar sus acopios de goma y proveerse de mercaderías que llevan á sus campamentos y distribuyen entre sus peones. Ningún hombre de otro género de faenas, gana mejor su paga y beneficios que el cauchero, desde capataz ó empresario á peón; porque ninguno ejerce una industria más penosa ni más llena de privaciones, viviendo meses entre el bosque como los salvajes y alejados de la civilización de cuyos atractivos y comodidades no participan en manera alguna.

Iquitos ha nacido y sigue desenvolviéndose bajo una atmósfera de cosmopolitismo, de tolerancia y de libertad, que no tiene ninguna otra población del Perú, inclusive la capital. No hay ahí ni sombra de fanatismo; las congregaciones, los conventos, las escuelas jesuíticas, las capillas y beaterios brillan por su absoluta ausencia. Hay una sola iglesia servida por un cura, que es también el único de su carrera que existe en toda la ciudad; y aún este solo cura no sería tolerado sino fuera liberal y de porte correcto. No se conocen ahí las solemnidades de ningún culto; en el orden religioso todo se reduce á una misa en los días festivos, pero sin prédicas ni sermones ni ofrendas de caridad á los santos, que, por otra parte, casi no existen. Va por buen camino, y con esto solo será tierra feliz y próspera. El elemento extranjero, bastante crecido ya, vive satisfecho y se acomoda muy bien á la manera de ser de Iquitos.

Esta población, de doce á catorce mil personas, no guarda proporción con su comercio, que corresponde por su actividad y desarrollo á un vecindario ocho ó diez veces mayor.

Se explica, sin embargo, tan particular circunstancia. Iquitos es el foco de toda la vida comercial de Loreto; el punto de cita de una aún mucho mayor población flotante que vive la mayor parte del año distribuída por los ríos, pero que acude ahí cada vez que los intereses de su industria lo requieren, y en el que están radicados sus compromisos y relaciones; tienen en él, por decirlo así, su domicilio comercial. Además, es el puerto á que se dirigen exprofesamente los grandes vapores que vienen del Atlántico cargados de mercaderías, tomando ahí para su regreso los acopios de retorno, después de dejar en su aduana, que es la principal, crecidos rendimientos por pago de derechos. De ahí también parten y ahí convergen en activo tráfico, muchos vaporcillos y pequeñas embarcaciones que de contínuo surcan y recorren los diversos ríos, llevando y

trayendo mercaderías y productos. No hay casa comercial de alguna consideración que no tenga tres ó cuatro pequeños vapores para su servicio.

El mariscal Castilla en su última administración echó, puede decirse, las bases de Iquitos, levantando en lo que entonces era un miserable caserío una importante factoría y dotando á esa zona de una flota de tres hermosos vapores que por mucho tiempo hicieron la navegación del Amazonas y sus afluentes, con escasa fortuna, más que por inconvenientes propios, por la incuria de los gobiernos que sucedieron al de Castilla; los cuales nunca pararon mientes en las grandezas y el porvenir de esa región, que fueron sacrificando poco á poco á la voracidad de los vecinos que harto han cercenado ahí, con venia estúpida de aquéllos, los legítimos y ayer más dilatados dominios de la República. Esa flota, merced á un criminal abandono, fué desapareciendo poco á poco hasta extinguirse por completo. Con ella se acabó, puede decirse, bien que no para siempre, la navegación en grande del Amazonas por la bandera nacional, y comenzó la de la Compañia Lloyd Brasilera, que se sostiene hasta el presente, haciendo todo el cabotaje del Amazonas. Recién el año pasado se ha establecido por una compañía inglesa otra línea de grandes vapores, pero de mucho mayor radio en sus viajes; la cual hace la navegación directa entre Iquitos y los principales puertos de Inglaterra. Y debe haberle ido muy bien cuando acaba de aumentarla con otro vapor. (Véase la nota *B*.)

Aquí cabe decir que Iquitos, á pesar del antiguo abandono y aún hostilidad de los Gobiernos, ha progresado por sí mismo; poco ó nada debe desde Castilla á la acción gubernativa. El relámpago de federación que cruzó en su propio seno iluminando los ríos y haciendo entrever en ese grandioso teatro una escena futura de lo que está llamado á ser el Perú oriental, bajo el fecundo principio de la forma federativa, ha acentuado y consolidado su posición y su importancia, conquistando, por fin, la capitalidad de derecho que venían negándole todas las legislaturas.

Cuestión cardinal es también la de la inmigración á ese vasto territorio, que reune para el colono inteligente, activo y perseverante, inapreciables ventajas desde que el suelo, casi sin cultivo, es capaz de producir cuanto se quiera y se necesite; allí, á la inversa de las tierras esquilmadas, el cultivo consiste en atajar y ordenar una feracidad abrumadora, subordinándola al pensamlento del agricultor que lucha más bien por contener en límites razonables la excesiva fecundidad que por estimularla; es más bien obra de constante roce y despejamiento de vegetaciones que se mezclan, se invaden y se ensortijan, que de riego, siembra y otros cuidados propios de las faenas agrícolas en otras tierras de laboriosa gestación. El Estado tiene siempre á disposición de quien lo solicite, casi sin requisitos y con carácter de definitiva propiedad, grandes lotes de terreno útil, los suficientes para formar y poseer una hacienda de regulares proporciones; allí el colono puede hacerse hasta gran propietario agrícola fácilmente, y hasta urbano, á poca costa, en los alrededores de Iquitos y otras poblaciones. El suelo es en esos lugares muy barato, y hasta el material de edificación en mucha parte; no así los jornales, pues nadie trabaja por menos de un duro diario, que es el más bajo jornal del obrero en Iquitos.

Sin policía apenas, la seguridad personal es casi completa en Iquitos y demás poblaciones, debido á la bondad natural del carácter y á la completa ausencia del pauperismo; todos viven ahí con más ó menos comodidad y desahogo; de suerte que la crónica criminal rara vez tiene que consignar algún acto punible. Refiérome, desde luego, en esta observación, con especialidad á las villas y ciudades, no á las selvas solitarias donde la seguridad es menor, como en todos los despoblados. Con todo, aún en los ríos y campamentos caucheros del Amazonas se verifican, relativamen-

te, pocos hechos criminales. Es bajo este tenor una estadística bastante honrosa la de Loreto.

. . . . . .

Tal es, á grandes rasgos, el nuevo mercado que presento á la consideración de Cataluña y de toda la España comercial é industrial. En ello me lleva un doble digno estímulo: servir los intereses de mi país coadyuvando á su progreso, y contribuir al levantamiento de esta madre patria, tanto más acreedora á la atención y el cariño de nosotros los hispano-americanos, cuanto más desdichada y herida ha sido en el corazón de su importante existencia nacional.

No pertenezco, ciertamente, á la patria ibera chica; pero sí á la patria ibera grande, á aquella que comprende en sus extremos á dos mundos, y en el tiempo á cuatro siglos de vida común y consubstancial.

La aspiración general que hoy se siente en toda la Península por inaugurar una nueva vida que sea reparadora con creces de los perjuicios y quebrantos sufridos por la guerra que acaba de pasar, debe traducirse en hechos prácticos, en sucesos trascendentales, en reformas positivas y en una vigorosa actividad comercial, en que el impulso y el movimiento partan á la vez de todos los puntos de la circunferencia.

Casi siempre, y en todas partes, nada ó muy poco hay que esperar de la iniciativa de los gobiernos en orden al comercio y al adelanto general de las naciones. Los pueblos que efectivamente quieren engrandecerse se engrandecen por sí mismos trayendo á remolque á sus gobiernos cuando se niegan á ponerse á la cabeza del movimiento. Al contrario, los que todo lo esperan de la acción gubernativa van muy despacio, languidecen en su marcha y concluyen por hundirse en un estacionarismo que positivamente es retroceso cuando todo avanza alrededor.

La iniciativa nacional, casi no la constituye la iniciativa de los gobiernos, sino el conjunto de las iniciativas particulares. La famosa compañía inglesa de las indias, obra de esforzadas iniciativas y trabajos particulares, precedió muchos años antes en el dominio y explotación de las Indias al Estado británico, cuyos pasos, puede decirse, alumbró en el camino de sus influencias en el Asia. Sensible es que esa Compañía no hubiera continuado por sí sola como empresa puramente comercial su influencia pacífica y civilizadora, y no que al fin fué invadida en sus funciones y definitivamente reemplazada por el Estado inglés, que convirtió, como sucede siempre, una dominación puramente mercantil en dominación política, sojuzgando á la India. En América no hay ese temor porque son otros pueblos con civilización y sangre europeas, y una virilidad y una energía que nada ni nadie es capaz de abatir y domeñar. Díganlo á principios del siglo las desventuradas expediciones inglesas á Buenos Aires.

Los movimientos individuales son, pues, ordinariamente, los que preparan y realizan el incremento y prosperidad de los intereses nacionales. Al tener el honor de señalar y proponer el mercado del Amazonas al comercio español, dirijome, más que todo, á la iniciativa particular, á los industriales y fabricantes, á todos los capitalistas y hombres de negocios de la Península, que se sientan con alma y con la intrepidez que imponen las circunstancias para abandonar las viejas y caducas andaderas y entrar resueltamente en los nuevos y amplios caminos que se abren á su actividad.

Hay que operar como en otros pueblos, sin timideces ni tacañerías, con fé y perseverancia, otorgando los mismos plazos y facilidades, abriendo los mismos créditos, empleando la prudencia en términos razonables y aventurando también con osadía y serenidad en muchos casos; y nada de desdeñar ni el más insignificante hueco de la tierra donde pueda penetrar un artefacto ó una mercadería española: muchos pocos llegan á formar grandes muchos.

El gran poder y la grandeza anglo-sajona, son casi exclusivamente debidos á su pujante espíritu comercial, tan activo y diligente como resuelto y temerario. El inglés todo lo aprovecha.

A pesar de su orgullo nacional y de su profundo individualismo, no desdeña nada, no desoye ninguna insinuación que tenga por mira el incremento de sus intereses materiales, considera todo el globo como su propio país para este efecto; penetra con su comercio y con sus buques en todos los lugares, husmea todos los rincones para presentarse cuando menos se le espera. El mundo todo está saturado de su influencia y de su comercio. Donde no hay ni rastro de otros pueblos hay por lo menos un vestigio del comercio inglés.

Enseñoreado ya de casi todos los mercados é insaciable por adquirir otros y otros, no recibe nunca con indiferencia cuantos nuevos se despliegan á su ávida mirada, por insignificantes que parezcan; los acoge todos con entusiasmo poniendo en ellos en el acto su planta sin vacilaciones. *La fortuna es de los audaces*, se ha dicho; y este aforismo parece que fuera el norte de toda su vida nacional. Por eso también Estados Unidos, inficionado del mismo espíritu, se ha hecho tan grande y poderoso. El dicho *La fortuna es de los audaces*, tiene aún más cumplida comprobación en el comercio y en el espíritu de empresa, que en la misma guerra y en la misma política por las que fué inspirado.

La grandeza comercial debe preceder á la grandeza política y servirle de sólido cimiento; de otro modo no se sostiene ésta, cuando solo ha nacido de causas circunstanciales y pasajeras: vive lo que vive un Alejandro ó un Napoleón, para descender en seguida cuando éstos desaparecen; casi no está vinculada á un pueblo, sino á unas cuantas poderosas subjetividades; no es propiamente grandeza nacional, sino reflejo de grandezas individuales, de genios que no tienen descendencia y herederos sino después de siglos.

Esa precedencia ha sido admirablemente comprendida por el inglés; de ahí su sólida preponderancia de centurias, su poder firmísimo, su grandeza inconmovible; de ahí el que Inglaterra no decaiga y permanezca siempre la misma ó cada vez más grande, más fuerte, más rica, más poderosa, aunque desaparezcan los Pit, los Disraeli, los Glandstone.

Para el inglés todas las ecuaciones de la política, de la guerra, de la humanidad y hasta de la ciencia, se resuelven en esta sola fórmula: *comercio, comercio y más comercio*. Y como el comercio trae consigo la democracia, el bienestar y la libertad, sus instituciones y costumbres son también las más liberales del mundo. Allí, como alguien ha dicho, reina *una monarquía republicana*. Le faltó añadir: al frente precisamente de una república monárquica.

Bajo este punto de vista, para el inglés no hay patrias distintas, ni diversos continentes ni razas odiadas ó queridas, ni pueblos lejanos, ni parajes difíciles; todos son buenos factores de comercio. Y operando así largas centurias, casi sin advertirlo, se ha encontrado de repente con una grandeza acumulada tan colosal, que, sin poderlo evitar, se hace sentir de una manera abrumadora por todas partes, encerrando en las cajas de su comercio la política del orbe entero y convirtiéndose por necesidad en gran potencia militar y política, después de ser y continuar siendo gran potencia comercial. Y mientras España conquistó por las armas y con el Cristo, Inglaterra ha conquistado y sigue conquistando por el comercio y con la mano abierta de la tolerancia religiosa.

Francia, la espiritual y comunicativa Francia, también es poderosa y rica por su comercio considerablemente extendido. No le va en zaga la pensadora é intelectual Alemania, que en todas partes se esfuerza por competir con ella y la Gran Bretaña. Italia misma, esa dulce patria del arte, va por el propio camino con éxito creciente; su comercio se dilata y

sus numerosas flotas mercantes viajan por los cuatro ángulos de la Tierra.

A su comercio y riqueza debió Francia su rápida y sorprendente resurrección después de su desastre de 1870. ¿Por qué no pudiera hacer otro tanto España? Abierto está el camino: no hay más que emprender la marcha.....

Pero no basta señalar el camino é indicar simplemente lo que debe hacerse; así se avanza bien poco: es necesario decir cómo y cuándo; y una vez entrevista una mayor suma de probabilidades, no perder tiempo, abordar la empresa; porque los días que se pierden en exigir seguridades de abadesa, de avaro ó timorato, es dinero que se deja de ganar, bases que se deja de poner para la más inmediata y oportuna adquisición de la prosperidad vislumbrada.

A la frase *la fortuna es de los audaces* hay que agregar la de *el tiempo es dinero*, también de procedencia anglo-sajona, que nosotros, los latinos, debemos adoptar igualmente, no en la memoria y los labios, sino en los hechos; no como simple conocimiento erudito, sino como conducta, como obra, como acción. A *el tiempo es dinero*, se debe añadir: pero bien adquirido.

Pasando ahora de las generalidades al hecho concreto y práctico, cual es la organización de la *Compañía hispano-peruana* de navegación y negocios en el Amazonas, el primer paso en pró de su viabilidad sería la formación de un Sindicato de capitalistas y grandes industriales, el cual determinaría el modo y forma más eficaz de realizar el proyecto, previo examen de esta exposición, que consigna los fines generales de la *Compañía*, y las condiciones, también generales, de la zona comercial en que la empresa ha de operar.

Podría invitarse al Gobierno para que, si lo tiene á bien, y previamente informado del asunto, favoreciera con su influencia y recomendaciones la ejecución del pensamiento, desde que en él va envuelto un interés nacional de trascendencia y de singular oportunidad.

Por lo pronto, constituída la Compañía, el primer acto sería la adquisición de dos vapores de mil quinientas toneladas cada uno para que iniciaran periódicamente la navegación directa entre Iquitos y otros puntos del Amazonas peruano y brasilero y las costas de la Península; destinados al tráfico de productos y mercaderías de la Compañía, y á fletes y pasajes. Igual adquisición habría que hacer de ocho pequeños vapores destinados exclusivamente á la navegación fluvial en el Amazonas y sus tributarios: dos de quinientas toneladas, dos de doscientas cincuenta, dos de ciento y dos de setenta.

Estas embarcaciones, tanto las trasatlánticas como las fluviales, irían aumentándose á medida que lo requiriesen el mayor tráfico, la mayor suma de relaciones y el mayor comercio de importación y exportación que hiciese la Compañía.

La Compañía, independientemente de los pasajes de personas y de los fletes de mercaderías por cuenta de otras empresas, importaría á Iquitos y todas sus dependencias de los ríos toda clase de artefactos y mercaderías españolas, tomando de retorno á precio original las diversas é importantes materias primas que produce esa región, como caucho, jebe, sernamby, tabaco, cascarilla ó quina, cacao, coca, café, vainilla, arroz, azúcar, maderas finas y mil productos más que allí casi se pierden por falta de suficiente explotación.

La Compañía podría tomar grandes lotes de terreno, que el Estado peruano obsequía, en los mejores parajes de los ríos, para cultivarlos, explotarlos y colonizarlos, así como *manchales* de caucho y jebe, ó sea *conjuntos* de árboles de goma en determinadas extensiones de terreno.

Establecería en Iquitos un gran *Bazar* universal por el estilo de los almacenes del *Siglo* en Barcelona, que serviría de centro de recepción y

distribución al por mayor y por menor de todas las mercaderías que enviase la Compañía, así como de recolección y acaparamiento de las materias primas que obtuviese como retorno para la Península y otros puntos de Europa.

Se fundaría además en Iquitos por cuenta de la Compañía un Banco de giros y descuentos, (que no lo hay al presente, haciendo hoy este servicio en condiciones muy onerosas y difíciles unas cuantas casas comerciales) de anticipos y rescate de gomas y otros productos, el cual llevaría por nombre: Banco hispano-peruano del Amazones, ó simplemente–Banco de Iquitos, con sucursales en el Yavary, en el Ucayabi, Yurimaguas, Moyobamba, Saposoa, Tarapoto, Manaos y Pará. Este Banco, tan necesario ahí, daría grandes rendimientos, y prestaría á toda esa región grandes servicios.

El Sindicato tendrá su residencia legal y la oficina matriz en España — Barcelona, Madrid ó Bilbao — y dos oficinas delegadas: una en Lima, capital de la República, y otra en Iquitos.

La Compañía hispano-peruana del Amazones puede surgir con un capital nominal de diez millones de pesetas, dividido en acciones de mil, de quinientas y cien pesetas. Cinco mil acciones de mil, cinco mil de quinientas y veinticinco mil de ciento.

Los accionistas entregarán al suscribirse la cuarta parte del valor de cada acción, otra cuarta á los seis meses de estar legalmente constituída la Compañía, otra al año, y otra y última á los dos años. Todas estas acciones podrían colocarse y cotizarse en plaza desde el día de su emisión: quizá con algún descuento al principio, con segura prima después. Desde luego se puede asegurar, como mínimo, un dieciocho por ciento al año; más bien prometiendo mucho menos de lo que positivamente llegará á distribuirse. (Véase la nota *C.*)

Este es en substancia el primero de los dos proyectos que someto á la aceptación entusiasta de todos los españoles que, libres de prejuicios y ranciedades y animados de un ardiente amor al progreso y dignificación de la inmensa nación ibera de ambos mundos, quieran prestar en los dos lados del Atlántico su decidido concurso en empresas que, no por ser grandes y nuevas, dejan de ser eminentemente prácticas y de segura fructuosidad. Por el comercio y las industrias, ejercidas y desarrolladas simultáneamente dentro y fuera de la Península, vendrá la reconstitución sólida del país, y con ella la reconquista de su importancia política y militar en el concierto de las naciones.

PROYECTO NUM. 2

Fundación de un gran diario inter-continental que llevará por título «El Universo Español» ó bien «El Mundo Hispano-Americano».

Como complemento del proyecto anterior, aunque por cuerda separada, pues solo se conexionan en cuanto á que los dos redundan en beneficio de la nación, viene el propósito de fundar en Barcelona, Madrid ó Bilbao, un gran diario de índole verdaderamente inter-continental que realice la alta y fecundísima misión de estrechar en todos sentidos las relaciones de España con todas las repúblicas americanas de su origen; más aún: con todos los países de la Tierra que de ella descienden y en los que se habla su idioma. Y he aquí porque es más adecuado por su mayor extensión el primero de los dos títulos enunciados en el encabezamiento de estas líneas.

Salta también á primera vista la conveniencia trascendental de este

proyecto; sobre todo, si se le da al diario el carácter de grandiosidad y acierto que debe tener, imprimiéndole desde un principio el sello de dilatación y de algo así como una especie de cosmopolitismo ibérico que corresponda á la casi universalidad de su objeto; una publicación, en fin, hablando metafóricamente, que por su magnitud y brillo moral y comercial, refleje con esplendor al Pacífico y al Atlántico con sus riberas contrapuestas y en cuyas columnas se vea á diario correr y moverse en todos sentidos las marejadas de la vida nacional hispano-americana.

Hace falta, efectivamente, un *The Times* ibérico, un diario que responda en el inmenso mundo ibero-americano á la importancia, grandiosidad y circulación del gran periódico londonense. Tendría gran acogida é inmensa resonancia en ambos continentes; sobre todo, empezando y prosiguiendo con abundantes elementos y sirviendo en todo orden de cosas la causa de la humanidad y del progreso.

Entrando de un modo más concreto en el asunto, he aquí, en forma metódica la manera como he concebido la posibilidad y marcha de esa publicación, así como su espíritu y alcances.

MISIÓN É ÍNDOLE DEL DIARIO

Estrechar y desarrollar, en primer término, las relaciones comerciales, políticas, literarias y sociales entre España, las Américas y todos los lugares de la tierra en que se hable la lengua española, mediante un servicio noticioso y de información completo en los cuatro órdenes indicados; pero siendo el lado comercial la nota dominante.

El periódico tendría por bandera política el progreso rectamente comprendido y los bien entendidos intereses de la Península y de los pueblos que pueden estimarse como una prolongación de su personalidad. Serio, mesurado y firme al tratar de las cuestiones del día, estará caracterizado por una imparcialidad absoluta é inconmovible. Su índole más bien republicana que monárquica, no será un obstáculo para conservar esa imparcialidad y el buen tono en la forma.

En sus columnas podrán campear, sin más condición que la firma y el crédito intelectual de sus autores, ó la bondad intrínseca del trabajo, si es de autor no conocido, los artículos de los bandos políticos más opuestos, desde el republicano más radical hasta el monárquico más recalcitrante, con tal que el estilo y el tono sean decorosos y cultos. La Redacción, más que hacer política partidarista, procurará discutir medidas administrativas, leyes y procedimientos. Los intereses de la justicia, del bienestar social, de la difusión y calidad de la enseñanza y del comercio en su más lata acepción, serán su norma, constituyendo su criterio de apreciación de las personas y las cosas. No querrá, por utópico y lejano, lo bueno absoluto sino lo bueno relativo y posible. No procurará guiar tanto á la opinión cuanto reflejarla en sus diversos matices; y esto no tanto por la Redacción cuanto por sus más autorizados portavoces, por sus más esforzados y genuinos adalides. Es seguro que si los buenos escriben, la verdad resplandecerá más teniendo á su lado al error que teniéndole lejos, triunfando más fácilmente. Las estaturas se distinguen más pronto juntas y colocadas en una misma línea, que en terrenos diferentes.

Ese diario, así llevado, vendría á ser de todos en general y de nadie en particular: punto de cita de todas las fuerzas políticas y sociales; espejo fiel de toda la vida nacional, sería la inmensa luna en cuyo fondo se vería desfilar la imagen de todas las conciencias, de todos los pensamientos y todas las opiniones.

La raza ibérica de todos los continentes vería en él al portavoz más alto de sus intereses, de su porvenir y de su papel en el Mundo.

Desde luego, el mejor asiento para una publicación de ese carácter y

magnitud sólo podía ser España, la nación madre, la patria generadora de esas nacionalidades, y la que como tal tiene toda la autoridad y toda la espectación necesarias; y de España, la culta y populosa Madrid ó la industrial Barcelona como la ciudad gigante y más progresista de la nación, bien que Bilbao, sea dicho de paso, la sigue muy de cerca, emulándola noblemente.

ORGANIZACIÓN DEL SERVICIO

Habrá un corresponsal competente y honorable en cada una de las capitales de América, encargado á la vez de la Agencia del diario y de transmitir por el cable las noticias de sensación y de interés general que haya en el país de sus funciones. Por su órgano vendrán las buenas colaboraciones americanas, después de seleccionarlas, sobre comercio, política, ciencias y letras, la mayor parte de las cuales serían gratuitas.

Estos corresponsales-agentes, á quienes además de rentarles se les interesará en el tanto por ciento, tendrán la representación y administración del diario en sus respectivas jurisdicciones. Recibirán los paquetes y los circularán por todo el territorio, nombrando por su cuenta sub-agentes en los centros ó ciudades de importancia, y harán con un activo y acertado servicio de propaganda cuanto les sugieran su buen juicio y sus relaciones en favor de la publicación, cumpliendo las instrucciones y encargos que les haga la Gerencia General.

Pondrán especial empeño en obtener avisos permanentes para el *Diario*, de todos los productores, industriales y negociantes de sus respectivos países. Esto, y fuertes subvenciones gubernativas de América, sería, sobre el gran número de suscripciones, fuente de grandes entradas para la empresa.

El mismo servicio de corresponsales-agentes con idénticas atribuciones, se tendrá en Filipinas, en todas las capitales europeas y en algunas ciudades populosas de Asia, Africa y Oceanía. Este servicio se irá mejorando, extendiendo y pagando mejor á medida que progrese económicamente la publicación. De este progreso dependerá también la mayor retribución á las plumas de nota en todas las especialidades, cuyo concurso se solicitará para acreditar y hacer interesante el material de instructiva y escogida lectura del diario.

En España estarán inmediatamente á cargo de la publicación un Director y dos Subdirectores, un Administrador y un Subadministrador, un Cajero y un auxiliar, secretarios, amanuences, taquígrafos, etc. Un brillante cuerpo de redactores, en número suficiente, teniendo cada dos ó tres á su cargo la sección que se les designe, según su especialidad y sus aptitudes. Todos retribuídos, no con largueza, sino con esplendidez.

La empresa tendrá un Superior Consejo de Administración, que ejercerá la supervigilancia del Diario cuidando de que llene debidamente su misión y corresponda en un todo á los altos fines con que ha sido fundado. Será, en fin, en todos sentidos, la autoridad superior de la Empresa. Su personal será compuesto por el voto electivo de los accionistas, que escogerán entre los capitalistas ilustrados que mayor suma de dinero hayan aportado á la ejecución del proyecto y cierto número de celebridades científicas y literarias de la Península, en igual proporción. El Director del diario será *miembro nato del Consejo*.

VIDA Y PROSPERIDAD GRADUAL DE LA PUBLICACIÓN

Fácil será concertar y comprometer á los grandes y pequeños industriales, á todos los empresarios, productores, negociantes, etc., de Cataluña y toda España, así como de las dos Américas para que tengan en el

diario un aviso permanente, más ó menos visible, según les convenga, siendo á la vez suscriptores semestrales: El anuario Riera y el general de España y América constituyen un buen auxiliar de este trabajo preparatorio. Lo demás lo harán los agentes y las circulares insinuantes y bien explicativas del alcance, circunspección y utilidad del diario, así como de su índole eminentemente progresista, intercontinental é informativa.

Allí, en tan interesante sección de anuncios estarían mirándose, por decirlo así, frente á frente, todos los productores é industriales de España y América, consiguiendo por la simple lectura del diario lo que difícil y malamente consiguen por medio de costosos agentes y viajantes. Llenarían, por lo demás, en grande escala y con poco gasto el gran factor del anuncio, como el medio más eficaz que hay de propaganda y éxito en los negocios.

Pero no sólo de España y América registrará anuncios, sino de todas partes del globo, cuyos industriales y productores quieran aprovechar de las excepcionales ventajas y condiciones de una publicación tan vasta y que será de las más importantes del mundo una vez que sea conocida y propalada.

Como poderoso aliciente, se exhibirán por turno grabados de los edificios y talleres de las grandes empresas industriales, con una corta noticia de su situación y labores, y á menudo con el retrato de los empresarios y aún obreros distinguidos, acompañándolos de una breve reseña biográfica, y poniendo, por una justicia del siglo, á los héroes y personajes del trabajo y de la industria al nivel de publicidad y espectación que hasta aquí casi han monopolizado para sí sólo los políticos, los guerreros, los literatos y los artistas.

Además de un extensísimo y nutrido servicio cablegráfico de todas partes del mundo, y muy especialmente de ambas Américas, contendrá una vez por semana cuando menos, para cada república y país de origen ibero, una sección especial en que se dará, con detalles, noticias de su actualidad bajo todas las fases de su vida nacional: personas y cosas, comercio y política, ciencias y letras, hechos sociales y administrativos, estadísticos, etc.

El diario saldrá una sola vez al día, en la mañana ó en la tarde; sus dimensiones serán mayores que las de *El Heraldo* de Madrid y constará ordinariamente de cuatro pliegos: dos de puro material de lectura y dos de solo anuncios y avisos. El número de los sábados ó domingos será doble, contendrá ocho pliegos: cinco de lectura y tres de anuncios.

Si á las suscripciones y anuncios permanentes, se añade la venta callejera y de puestos, los remitidos, las obras y los avisos locales del día, colocados por orden alfabético y por ramos; puede calcularse, al correr de muy poco tiempo, lo enorme de sus entradas, dando mucho más de lo bastante para sostener con generosidad su inmenso servicio.

Independientemente de sus fines generales y elevadísimos, el tal diario, así concebido y llevado á la práctica con los suficientes recursos, será hasta como empresa industrial, fuente de pingües beneficios y rendimientos. Hará mucho bien social y político y dejará mucho provecho. Llamo hacia este proyecto, particularmente, la atención de los grandes editores y propietarios de grandes imprentas de la Península, así como la de todos los capitalistas amantes de este género de empresas.

Insisto aquí en consideraciones análogas á las expresadas en el primer proyecto. España necesita tener un órgano de publicidad que responda á su importancia efectiva como nación, á sus gloriosas tradiciones, á su raza desparramada entre dos mundos y á su idioma, hablado y poseído como lengua nativa por dieciocho nacionalidades, hijas suyas, y depositarias al presente del que con el tiempo puede llegar á ser instrumento universal del lenguaje humano.

Es, repito, el idioma popular y oficial de diecinueve naciones cultas de la tierra, las mismas que en su inevitable desenvolvimiento encumbrarán el español á un punto á que no ha llegado ni podrá llegar otro idioma. Inexplicable es que hoy no esté considerado como obligatorio en el programa de estudios de todos los pueblos europeos que cada día van aumentando sus relaciones comerciales con América; pero llegará día en que sientan más esa necesidad y tendrán, mal de su grado, que satisfacerla.

Determinaré esos diecinueve países: España, México, Perú, Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, Ecuador, Bolivia, Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa-Rica, Santo Domingo, Uruguay, Cuba, Paraguay y Puerto Rico. Aún llegan á veinte, añadiendo, como es justo, á Filipinas, las naciones que hablan el castellano ó sea el español. Esto, sin contar el Brasil, cuya lengua es tan semejante á la nuestra, y que forma con distinción en la línea de los pueblos iberos. ¿Qué otra nación en Europa y en el mundo todo puede presentar semejante corte de nacionalidades soberanas y cultas, poseyendo el mismo idioma y reverdeciendo con la misma sangre?

Ni Inglaterra, con ser hoy la nación colonial por excelencia, puede presentar, ni aproximadamente, semejante prole de nacionalidades. Esto es lo que constituye el poder y la gloria indestructible de España, y lo que ella debe tener en cuenta cambiando de política y los estrechos ideales que hoy la atrofian por ideales más amplios y vivificadores, á fin de recoger y reconstituir en el camino de una más alta civilización los rotos fracmentos de su diadema de gloria, enriquecida con los nuevos diamantes de la libertad y el progreso.

Si esto es innegable, ¿por qué no han de tener, con ingentes provechos, nuestra raza y nuestro idioma un periódico capaz de medirse en importancia y circulación con *The Times* de Londres, marchando poco á poco hasta ponerse á su nivel? Sería, á mi juicio, la obra de dos ó tres años de perseverancia y atinada dirección, y el sacrificio por breves meses de un capital relativamente pequeño, atentas la magnitud de la empresa y la enorme utilidad que llegaría á dejar un año, nada más que un año, después de acometida. Yo abrigo á este respecto la fé más absoluta; sobre todo, si él es lo que debe ser: un diario serio, imparcial, eminentemente progresista y noticioso y de una información vastísima, en que, día á día, se sienta palpitar toda la América latina al unísono con España, sin desatender lo que tengan de interesante los demás puntos de la tierra. Que sea ibero el pabellón que ha de cobijar bajo sus pliegues á toda la humanidad reconciliada y confundida en una sola familia, sobre las bases de la paz, del derecho y de la libertad.

***

Hace dos años, desde que pisé la Península, que este proyecto y el anterior, han germinado y madurado en mi mente y en mi voluntad. Los expuse en síntesis á mis distinguidos amigos los Sres. Pí y Margall, F. Lozano, M. Henrich y O. de Buen. Fueron oídos con entusiasta aceptación; pero yo no volví á ocuparme en ellos hasta que los últimos acontecimientos removiendo mi adormecido entusiasmo han puesto nuevamente en mis manos la pluma para presentar hoy en público y de una manera más completa lo que hace dos años fué simplemente objeto de conversación y de comunicaciones privadas.

El ardoroso é integérrimo propagandista Lozano me sorprendió hace algunas semanas con la publicación en su periódico de un artículo elocuente (véase la nota *D*), en el que se rememoraba la cuestión de ese gran diario, estimulando é invitando á todos los españoles residentes en América para que colaborasen pecuniariamente á su pronta fundación:

en él, en dicho artículo, con una bondad y cortesía que agradezco profundamente, aludía á mi modesta personalidad en términos por demás elogiosos que disto mucho de merecer, salvo en lo que respecta á la sinceridad de mis convicciones, y á la buena voluntad y decisión con que persigo la realización del bien en todas sus manifestaciones. No soy un general, pero sí un soldado entusiasta de la libertad y del progreso; bajo cuya bandera nací á la vida pública y bajo la cual daré seguramente mi postrer aliento. Amo mi profesión militar por lo que pueda servir á la causa de la civilización y de la justicia; pero la detesto y renuncio á ella cuando se le degrada poniéndola al servicio de la sin-razón, la tiranía y el retroceso. En toda mi carrera nunca olvidé mi condición primordial de ciudadano y hombre del siglo; no habiendo encontrado jamás incompatibilidad en ese triple carácter, que un poco de claridad en la conciencia y en el entendimiento bastan para armonizar.....

Reavivada por el señor Lozano en su periódico la idea de la gran publicación, creí de mi deber no dejarle solo en su iniciativa cerca del espíritu de los españoles establecidos en América; y al efecto me dirigí yo también á algunos importantes hijos del nuevo continente que me honran con su amistad, recomendándoles la idea y solicitando su valioso concurso. Sé que se mueven y que sus esfuerzos darán resultado. (Véase la nota *E*).

Dando forma concreta á lo insinuado por D. Fernando Lozano, les digo en una especie de circular, entre otras cosas, lo siguiente:

. . . . . .

—Por cooperación, sin ser gravoso para nadie, se podría reunir de todos los españoles residentes en América cuantiosos recursos, fuera de las gentes y de los gobiernos hispano-americanos que seguramente tendrán gusto de coadyuvar á la ejecución de tan útil pensamiento.

Aún los españoles de escasos medios podrían contribuir, quienes con un duro, quienes con una, dos y tres pesetas; de modo que en breve tiempo se acopiarían quinientos mil duros, cuando menos, bastantes para comenzar en España la publicación del gran diario de importancia intercontinental á que se refiere el artículo de «Las Dominicales» que le incluyo, y cuya concepción expuse hace dos años á su distinguido Director.

Mueva Vd. en este sentido sus relaciones en (México, por ejemplo)... escriba y hable á cuantos mexicanos pudientes y progresistas conozca Vd., así como á los españoles acaudalados que residan en ese simpático país, comprometiéndolos para coadyuvar á la realización de una obra tan patriótica y tan eminentemente ibero-americana; más aún hoy, en las circunstancias de prueba y de dolor por que atraviesa la Península.

Desde luego se puede ahí organizar una Junta, impulsadora de la idea, compuesta de personas respetables y de significación; la cual colectaría y remitiría con seriedad los fondos á otra Junta Central de aquí, no menos respetable que constituiría de un modo permanente el alto Consejo de Administración del periódico; Junta cuyo personal me permito insinuar, desde luego, y es el siguiente:

D. Francisco Pi y Margall.
» José Echegaray.
» Nicolás Salmerón.
» Gaspar Núñez de Arce.
» José María Ezquerdo.
» Ramón de Campoamor.
» Emilio Castelar.
» Fernando Lozano.
» Alfredo Calderón.

D. Odón de Buen.
» Anselmo Arenas.
» Leopoldo Alas.
» Manuel Girona.
» Eusebio Blasco.
» Laureano Figuerola.
» Miguel Echegaray.
» Manuel Henrich.
» Vital Aza.
» F. Pí y Arsuaga.
» V. Blasco Ibáñez.
» B. Pérez Galdós.
» Mariano de Cavia.
» Joaquín Dicenta.
» M. Menéndez Pelayo.
Marqués de Benavites.
Marqués de Santa Marta.
Conde de Valdemar.
Baronesa de Wilson.
D.ª Emilia Pardo Bazán.
» Rosario de Acuña.
» Angeles López de Ayala.

Concebido y realizado así el proyecto, no puede menos que tener un resultado satisfactorio; revistiendo con el personal expuesto para la Península y el que allí también se forme, caracteres de completa circunspección y recto proceder.

Nunca se tuvo un pensamiento más vasto en materia de periodismo ni se presentó un proyecto de esa clase en mejores (ni siquiera iguales) condiciones de seriedad y garantía.

Alguna vez se ha llegado á publicar efímeros periódicos con la pretensión de servir de órganos de los amplios intereses hispano-americanos, consiguiendo reunir algunos fondos, para nada; porque no correspondieron, ni de lejos, á la magnitud del propósito, ni fueron diarios, sino simples é insubstanciales quincenales, ni alcanzaron los recursos suficientes, ni nacieron bajo los auspicios de una Junta de personas respetables y conocidas, llamadas á fiscalizar, acreditar y administrar por lo alto una empresa de tanta consideración como la presente. La *Revista de la Unión Ibero-Americana*, que se publica en Madrid, es un buen periódico; pero no es diario y hoy se vive al día. Dista también mucho por su índole y demás condiciones, de llenar la amplia esfera del diario que presento hoy en bosquejo: publicación de lucha por lo alto y de palpitante activa información.

Inevitable ha sido quizás, aunque doloroso, que España sufra las consecuencias de sus terquedades vetustas y de su extraviada política colonial; pero solo hasta el punto que demarquen la necesidad y el triunfo del derecho y de la libertad modernos; pero no más allá del límite señalado por la razón y las legítimas conveniencias del Nuevo Mundo.

España, regenerada y desprendida de todas sus antiguallas y prejuicios, entrando de lleno en el verdadero camino del siglo, debe vivir y vivir venerada por todos nosotros; porque es la madre común, la generatríz de todos nuestros pueblos, el centro de nuestro idioma, la cuna de nuestro pasado, el molde de nuestro carácter, la fuente de nuestra sangre, el foco de todos nuestros apellidos, antecedentes y tradiciones. No podemos renunciar á ella sin renunciar á nosotros mismos.

Hacia ella miran y extienden sus desplumadas alas nuestros polluelos literarios, inspirándose en sus maestros y demandando una caricia de sus seculares academias.

Ella puede y debe resurgir más grande, más feliz y más gloriosa bajo el sol de las nuevas ideas y de los nuevos principios y seguir pesando en otra forma y con otros procedimientos en los destinos del mundo.

Diecinueve hijas emancipadas y ávidas de progreso y explendor forman en torno suyo, ofreciendo una muralla infranqueable á la desaparición del genio y del idioma españoles en todo lo que encierran de bueno, de fundamental y de grande.....

Hay ciertamente dos medios de llegar á la realización de tan importante objeto: ó por suscripción popular en América y la Península, como lo indico en los acápites de la carta-circular que dejo trascripta, ó por emisión de acciones hechas por una Junta Central, en forma análoga á la del Sindicato del primer proyecto sobre el mercado del Amazonas. Pueden ponerse en práctica uno ú otro medio ó los dos simultáneamente, porque no se excluyen.

En el segundo caso, los fondos que se colecten por suscripción popular, vendrán á la Caja del Consejo de Administración, como un refuerzo considerable de los fondos que se obtengan por la colocación de las acciones que se emitan; y unos y otros entrarán á formar el capital de la Empresa.

La Junta Central ó sea el Consejo de Administración emitirá acciones por el valor de tres millones de pesetas, en cuatro series: de quinientas, de ciento, de cincuenta y de veinticinco.

Estas acciones serán pagadas con la cuarta parte de su valor al tomarlas, otra cuarta á los tres meses, otra á los seis y otra á los nueve meses, pudiendo desde un principio cotizarse en plaza por el valor de las sumas abonadas.

Con tres millones de pesetas colocados en acciones y dos millones más que arrojase la suscripción popular en América y la Península, habría lo bastante para lanzar y sostener con brillo y magnificencia una publicación que hará época en los anales del periodismo universal y que será de resultados prodigiosos para la unión intelectual, moral, social, política y comercial de la raza ibera de ambos mundos; determinando y preparando una era de verdadero explendor para nuestro idioma y nuestros comunes grandiosos destinos, cuya edad de oro no está seguramente en el pasado sino en el futuro, que guarda para la humanidad toda raudales amazónicos de mayor progreso, felicidad y armonía.

La aurora del siglo XX clarea ya en la alta noche del siglo XIX. Apercibámonos, no obstante los desengaños presentes, á saludarla y recibirla llenos de fé en el porvenir, con el espíritu abierto á todas las esperanzas y armado de gigantes energías para proseguir y perfeccionar en la centuria que viene los progresos apuntados en el siglo que termina.....

España! abrázate al mundo de Colón. América! reclínate en el seno de tu madre, tanto más hermosa en el día cuanto más desventurada. Las uniones verificadas por el progreso y la razón adquieren la consistencia del granito y se elevan tan alto sobre los intereses mezquinos de la fuerza como las cumbres de los Andes sobre las quebradas y laderas.....

Honor, supremo honor al periodismo, cuando contribuye á este género de aproximaciones; cuando sostiene y pregona los altísimos intereses de la verdad, la justicia y el progreso; cuando corresponde á su noble misión civilizadora y humana y refleja el fulgor íntimo de móviles completamente desinteresados y fecundos en generosidad y rectitud.

Mariano José Madueño

Barcelona, Noviembre de 1898.

Notas á que se hace referencia en el texto

NOTA *A*.

La revolución, ó mejor dicho (puesto que fué pacífica) la evolución federal que tuve el honor de inspirar y acaudillar en Iquitos el 2 de Mayo de 1896, y que, en un principio, por desfiguración de los hechos, se tomó, erróneamente, como separatismo en el resto del Perú, ha contribuído en gran manera, no solo á definir la capitalidad de Iquitos, tantos años contradicha, sino á dar á conocer mejor esa importante región; determinando en ella una mayor corriente de progreso, que se palpa ya hasta por la presencia en sus aguas de una nueva línea de vapores.

Tan corto fué el tiempo (tres meses escasos) que imperó en Loreto el régimen federal que apenas alcancé á aplicarlo en sus líneas más generales, no obstante de haber renunciado el cargo de Gobernador con que me aclamó el pueblo para asumir el de Ministro General, medida que juzgué indispensable para organizar y encarrilar directa é inmediatamente los nuevos y especiales servicios que exigía un sistema por primera vez implantado en el lugar y cuyo mecanismo y modo de establecerse y regularse eran ahí poco menos que ignorados, bien que el sistema, desde años atrás, ardorosamente apetecido, como que en Loreto se impone, más que en cualquiera otra sección de la República, por ley de la naturaleza.

Con todo, repito, la bondad del régimen, no obstante su breve duración, se ha dejado sentir considerablemente en esa parte del Perú, aún mucho después de haber vuelto á la forma unitaria, por decisión gubernativa. Pero ya llegará el día en que la federación torne á ponerse de pié, no ya solo en Loreto, sino en toda la República. El sistema federal marcha á la conquista de todo el suelo americano: contadas son ya las repúblicas que le resta ganar.

Y á propósito: destinado este folleto á circular, no solo en la Península, sino también en América y especialmente en mi país, creo oportuno consignar aquí algunos de los más autorizados juicios que sobre esa evolución y el Manifiesto que dí en Pernambuco, se han emitido en España y Portugal por insignes publicistas, diplomáticos y políticos, como Pí y Margall, Assis Brasil, Nicolás Estevanez, Esquerdo, Lozano, Alfredo Calderón, Baronesa de Wilson, etc., que han dado, coincidiendo con otros publicistas de América, su verdadero alcance á ese acontecimiento; no los estrechos límites y el vulgar carácter que algunos espíritus ligeros y la pasión política le atribuyeron en un principio.

Las cartas que siguen son una condensación de esos juicios, algunos de los cuales han visto la luz pública en diversos periódicos y libros.

Remato esta nota con la reproducción de un suelto consagrado á la memoria de ese acontecimiento por la Redacción del periódico doctrinario *La Filosofía Positiva* de Buenos Aires.

Sr. D. Mariano José Madueño.

Muy Señor mío y estimado amigo: Me he ocupado de V. en *El Nuevo Régimen;* no sé si con bastante acierto.

Es para mí una gran satisfacción saber que en el Perú ha abrazado un hombre del temple y la inteligencia de V. las ideas federales. Mucho celebraré que no deje V. de difundirlas hasta verlas realizadas.

El federalismo es el coronamiento de la libertad. No pueden ser libres las naciones en que sean esclavas las provincias y los municipios.

En todo ser humano, individual ó colectivo, hay una vida interior y otra de relación. En ésta no puede menos de depender de la voluntad agena; en aquélla ha de ser libre y autónomo.so pena de que se destruya ó por lo menos se menoscabe su personalidad.

Las naciones son autónomas en todo lo que á su especial vida corresponde, y no hay una sola que consienta que se ponga en duda su autonomía. Son heterónomas solo en sus relaciones con las demás; relaciones hoy regidas por tratados internacionales.

Lo que con las naciones sucede ha de suceder con los grupos inferiores: no hay razón alguna para que no acontezca.

Trabaje, trabaje V., Sr. Madueño, por el federalismo. Solo él puede armonizar la unidad y la variedad; solo él reunir en un haz todo nuestro linaje sin menoscabo de la personalidad y la libertad de todos los grupos que lo componen.

De V. afmo. s. s. q. s. m. b.

F. Pi y Margall.

Hoy 17 de Diciembre de 1896.

Madrid 30 de Enero de 1897.

Sr. D. Mariano José Madueño.

Estimado amigo: Mucho celebro que haya gustado á V. esa ciudad, en que nací y viví hasta los veintitres años. Desde que la dejé hasta ahora ha crecido mucho en extensión y en belleza.

Usted es merecedor, amigo Madueño, de toda clase de atenciones. Tiene usted abierta el alma al progreso y corazón para llevar á cabo las ideas que concibe. Reune V. el pensamiento y la acción, cosas que no siempre van juntas.

Usted me da á mí más mérito del que tengo. Yo no me distingo sino por decir lo que siento aunque choque con las ideas generalmente recibidas, y defender con tenacidad y con tesón lo que considero que puede redundar en bien de la humanidad y del hombre. Gracias mil por la buena opinión que V. de mí ha formado.

Mis hijos saludan afectuosamente á V. y le agradecen sus recuerdos. Queda de V. afmo. s. s. q. s. m. b.

F. Pi y Margall.

Lisboa 4 de Mayo de 1897.

Sr. D. Mariano J. Madueño.

Mi querido amigo: Me complazco en agradecerle muy cordialmente el envío de un ejemplar de su Manifiesto político, con que me quiso V. distinguir. En la larga travesía marítima que el acaso nos proporcionó realizar juntos, hemos cambiado más de una vez nuestras opiniones sobre el principio federativo y la propiedad con que se puede aplicar á casi todas las repúblicas de nuestro Continente, y tal vez un día al Continente entero, cuando el hombre y las sociedades hayan realizado progresos que, por más maravillosos que se nos figuren ahora, no son menos compatibles con una sabia previsión. La lectura del documento político que V. ha ofrecido á sus compatriotas no podía ser menos que muy grata á mi espíritu, por ver en él expuestos y justificados con sencilla elocuencia y rara lucidez los mismos principios que han sido siempre la base de mi concepción política. No tengo competencia para juzgar de los negocios internos de su patria de V., ni consentiría en ninguna circunstancia en tomar

parte en una discusión de ese carácter (1), pero, tanto cuanto me es lícito emitir una opinión imparcial y relativa solamente al mérito de la idea que V. desea plantear en el Perú, no tengo duda en afirmar que la comprensión del sistema federativo que V. ha revelado en su Manifiesto le coloca á V. entre los más autorizados apóstoles de esa sabia doctrina.

Reciba V., con mis agradecimientos reiterados, la más calurosa enhorabuena por su notable trabajo, y mis votos para que, con la notable cordura de que da V. muestra en sus palabras, se realice en su patria un progreso de tanta consideración.

Reciba V. un afectuoso apretón de mano de su amigo y s. s.

J. F. de Assis Brasil.

París 19 Mayo 1897.

Sr. D. M. J. Madueño.

Muy señor mío y de toda mi consideración: He tenido el gusto de recibir su atenta carta, fecha 16, y me apresuro á contestarla.

He leído su notable manifiesto, que me parece bien pensado y bien escrito. Pienso como V. que las repúblicas de América (y todas) deben de ser federales. Como V. dice muy bien, federalismo no es separatismo: es todo lo contrario. Tejas se separó de México en la época centralista; en el período federal no se ha disgregado Estado alguno. Río Grande do Sul se separó y estuvo algunos años independiente, cuando el Brasil era unitario, y monárquico por añadidura. Si la Argentina se hubiera constituído federativamente á raiz de su independencia, habrían formado parte de ella el Uruguay, el Paraguay y tal vez una parte de Bolivia. En la misma Europa tenemos la república de Suiza, que dura más y se conserva mejor que todas las monarquías, precisamente por la vitalidad que le presta la federación. Como todos sus grupos y entidades son autónomos, coexisten en ella sin rozamientos y desde hace siglos, católicos, protestantes, judíos y librepensadores; alemanes, franceses é italianos; hombres de diversas razas y cantones de distintas lenguas.

Me es verdaderamente grata la oferta de su amistad, y me honraré en cultivarla.

Me suscribo de V. amigo y servidor q. b. s. m.

N. Estévanez.

R. de Rennes, 108 bis.

Carabanchel 3 de Febrero de 1897.

Sr. Coronel D. Mariano José Madueño.—Barcelona.

Mi queridísimo amigo: Recibí su cariñosa carta fecha 29 de Enero próximo pasado, con indecible aprecio.

Encuentro muy noble y muy razonado su Manifiesto sobre su obra federal de Iquitos.

Agradezco con toda mi alma sus generosas demostraciones y sepa que tendré siempre á gran honor la amistad de tan eximio patriota, gloria del bravo ejército peruano.

Dígnese aceptar las seguridades de mi mayor consideración y afecto.

Siempre de V. apasionado amigo s. s.

J. M. Esquerdo.

---

(1) El Sr. Assis Brasil es Ministro Plenipotenciario del Brasil en Portugal

Madrid 9 de Diciembre de 1896.

Sr. D. Mariano José Madueño.

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Por conducto de mi amigo don Fernando Lozano tuve el gusto de recibir su muy grata de 24 del pasado acompañada del hermoso Manifiesto que he leído con sumo placer por su elevación y valentía.

Me considero muy honrado aceptando la buena y leal amistad con que V. me brinda y ofreciéndole la mía. Menester es que fraternicemos de hecho los que, sin conocernos, fraternizamos en sentimientos y en ideas.

De todas veras se ofrece de V. sincero amigo y s. s. q. b. s. m.

Alfredo Calderón.

S/C Carranza, 4, 3, izq.ª

Una efeméride gloriosa

Saludamos llenos de entusiasmo el 2 de Mayo de 1896, fecha notable para el Perú y de grandes enseñanzas para la América.

En esa magna fecha el coronel D. Mariano José Madueño, tuvo la noble audacia de proclamar la República federal en Iquitos, capital del Departamento de Loreto, enarbolando por primera vez en el Perú el santo estandarte del verdadero y legítimo republicanismo.

Escritor de incomparable galanura y profundísimo estadista, el ilustre peruano tiene para nuestra redacción un más sobresaliente mérito. El ha sido el primer publicista de su nacionalidad que ha buscado inspiraciones en el positivismo de Comte, y el primero que en su patria lanzó, sin temor á convencionalismo alguno, una valiente apología del maestro y de su sacrosanta doctrina.

Espíritu cultivadísimo y de penetrante mirada, ha medido el alcance y transcendental importancia de esa gran síntesis que vincula y dirige á la Humanidad, harmonizando el pasado con el presente y revelándonos el porvenir glorioso de nuestra especie.

Oportuno es, reproduzcamos aquí la autorizada opinión del esclarecido republicano y eminente pensador Pí y Margall, quien, hablando de los acontecimientos realizados en Iquitos, dice así: «*No ha de considerarse como suceso aislado la organización federal en Loreto, ni falto de transcendental importancia el ensayo pacífico hecho en Iquitos por el coronel Madueño, pues que, procediendo así, sentó un precedente que facilitará más tarde la realización de sus ideas, llamando la atención de sus conciudadanos sobre su nuevo sistema de gobierno. No se propuso en manera alguna imponer la federación por la violencia, ni agravar, como él indica, la situación nada lisonjera de su patria. Habría podido aumentar sus fuerzas y resistir, pero no lo hizo: cedió y se retiró en cuanto vió bajar sobre Iquitos las tropas de la República. Quiso con esto demostrar que no le habían movido ni codicia de mando ni ideas de separatismo*».

Una ilustre pluma femenina también ha rendido justo tributo á la celebridad del coronel Madueño; la renombrada escritora y amable viajera que tantas simpatías ha sabido granjearse en América, la Baronesa de Wilson, quien en su notable y primorosa obra *América en fin de siglo* consagra un importante capítulo al hecho histórico que hoy conmemoramos. Hablando del caudillo federal, dice: «El coronel Madueño, que ha tenido la gloria de alzar el estandarte federalista en el Perú, es hombre ilustrado, concienzudo en política, poeta y escritor. La estatura es mediana, la expresión del rostro animada, los ojos revelan viveza y sagacidad. En el trato es ameno y acusa sa capacidad intelectual y su índole progresista, avanzada y hasta filosófica. Hay, además, en su vida militar rasgos que enaltecen, como fué la resistencia, estéril sí, pero heróica, contra la in-

vasión chilena, y el arrojo demostrado en Huamachuco, combatiendo bajo las órdenes del valeroso y patriota general Cáceres».

Consecuentes con nuestro programa de principios, y con la firme resolución de alentar toda tentativa de progreso y regeneración que pueda aproximarnos al régimen normal que tanto anhelamos, al consagrar un recuerdo á este notable acontecimiento realizado en el Perú, enviamos también desde aquí nuestras más sinceras expresiones de simpatía al ilustre caudillo del federalismo peruano, que hoy proscripto, ha encontrado en la antigua metrópoli de América, entre los hombres de sus ideas, las consideraciones y respetos que merecen el talento y los méritos que posee.

(De *La Filosofía Positiva* de Buenos-Aires, de 30 de Mayo de 1898).

NOTA *B*.

Vapores para Iquitos

El Cónsul General del Perú en el Pará, Brasil, señor Alejandro de la Fuente, comunica con fecha 13 de Septiembre último al Ministerio de Relaciones Exteriores, que el día 3 del citado mes salió de ese puerto con dirección al Perú el vapor *Bolivar*, viaje que efectúa por primera vez. Esta nave pertenece á la *The Booth Iquitos Steam Ship Cny Ltd*, propietaria también del *Hudscar*. La compañía se halla en combinación con la *The Red Cross Iquitos Steam Ship Cny Ltd*, que á su vez, es dueño de los vapores, *Theresina y Ucayali* que llevan, como las de la otra compañía, bandera inglesa.

Hoy son, pues, cuatro los vapores que forman la línea directa entre puertos europeos é Iquitos.

Por ahora se despachará cada dos meses un vapor de Europa para Iquitos y otro de retorno.

La formación de esta línea regular de vapores hasta nuestra región fluvial, es una prueba palmaria de su creciente progreso.

Respecto al *Bolivar*.puede agregarse los datos siguientes:

Tiene 615 toneladas de registro, y una tripulación de 30 individuos.

La siguiente es la relación de la carga que lleva de Europa y Estados Unidos de Norte América.

De Nueva York 2,537 bultos, de Liverpool 4,190, de Hamburgo 1,191, del Havre 1,263, y de Lisboa 1,520.—Total 10,701 bultos.

(De *El Comercio* de Lima, del 13 de Octubre de 1898).

Consulado General del Perú

Londres, 31 de Agosto de 1898.

Señor Ministro.

Tengo el honor de presentar á Useñoría el siguiente extracto del *Times*, publicado con referencia al informe que el Cónsul británico en el Pará ha elevado á su Gobierno y referente al comercio en el Amazonas. Dice así:

«En la última memoria del señor Churchil, Cónsul británico en el Pará, puerto principal al cual se ocurre para los embarques del río Amazonas, se trata extensamente del crecimiento del comercio y de la navegación del río en los últimos años.

Las islas son arrastradas rápidamente y vueltas á formar, existiendo formidables avenidas de la marea en ciertas estaciones; por éstas razones las embarcaciones entran en el río Pará (formado por el Tocantis y otros ríos) que se une con el Amazonas por un laberinto de canales angostos, exportándose la mayor parte de la gran producción de la región amazónica por el Pará.

El valor de esta exportación ascendió en 1896 á casi tres y medio millones de libras esterlinas, de cuya suma tocó á la Gran Bretaña uno y tres cuartos millones, y casi todo el resto se embarcó para los Estados Unidos. La cantidad fué de 15,226 toneladas; el total de la exportación del Amazonas subió á 20,981 toneladas; la diferencia se embarcó casi en su totalidad en Manaos, situado á más de 1,000 millas río arriba.

Las principales fuentes de producción están á lo largo de los grandes ríos é islas del Amazonas, de los valles de los principales afluentes brasileros tales como el Purús y Madeira y de los distritos amazónicos del Perú. El señor Churchil hace una larga relación de esta notable industria de la región amazónica, su historia, el modo con el cual se lleva hoy adelante, las utilidades, las variedades de la goma y sus similares. La observación más importante que hace bajo este encabezamiento es que se considera la producción, por autoridades competentes, como inagotable, porque el árbol se reproduce contínuamente por la naturaleza. Algunas áreas como la del Canreta, sobre el Tocantis, se han agotado; pero abandonadas por algún tiempo vuelven á crecer y existen muchos distritos que no han sido aún explotados.

El área que produce la goma del Pará solamente llega á un millón de millas cuadradas, y al explotarlas, se vería que probablemente es mayor. Las zonas más ricas actualmente conocidas están á lo largo de las orillas de los afluentes meridionales del Amazonas y en las islas de los ríos de corriente principal. Algunos de los ríos septentrionales no han sido explorados. La navegación se abrió libre á todas las naciones hace 30 años, y hoy atraviesan sus aguas muchas líneas de vapores. La Compañía Amazonas que corre del Pará, sube el río por más de 2,600 millas hasta Iquitos, en el Perú, y cuando las aguas lo permiten va 500 millas más arriba, asciende el Madeira, por 1,600 millas, el Púrus por 2,500 (y en marea alta 1,000 millas más arriba) y el Yuruá por 2,000 millas y algunas veces 3,600 millas. Y más millas aún en el Ucayali.

Esta Compañía tiene una flotilla de 35 vapores que recorren como 500 mil millas al año en el río Amazonas y sus afluentes. Cacao y nueces del Brasil y café y quina del Perú son los principales productos de exportación, después de la goma; pero son de pequeña importancia comparados con esta última; y aunque la región produce arroz de excelente calidad, no se cultiva por más tiempo, pues todo el trabajo de mano se absorbe en la industria de la goma, y la gente casi vive de alimentos importados.»

Lo que trasmito á Useñoría vista la importancia de los datos que el indicado informe contiene según recorte adjunto.

Dios guarde á Useñoría.

Señor Ministro,
Eduardo Lembeke.

(De *El Comercio* de Lima, del 29 de Septiembre de 1898.)

NOTA *C.*

Independientemente de la Compañía hispano-peruana del Amazonas, aún puede organizarse una más vasta Compañía de navegación trasatlántica y de circunvalación por las dos Américas, que lleve por título: *Compañía hispano-americana de navegación*, etc.

Esta Compañía, que puede tener por base la flota del marqués de Comillas y de otras líneas de vapores españolas, puede surgir igualmente con un capital nominal de doscientos millones de pesetas, dividido en acciones de cinco mil, de mil y de quinientas pesetas. Veinte mil acciones de cinco mil, cincuenta mil de mil y cien mil de quinientas.....

He considerado oportuno y beneficioso para España hacer, de paso, esta indicación en forma un tanto concreta; porque además de estimar la

idea como realizable y práctica de ese modo, la juzgo de singular trascendencia para el porvenir y el levantamiento comercial y político de la Península. Todo en este punto se reduce á querer con entusiasmo y resolución; y una vez puestos en camino marchar hasta el fin con incontrastable persevarancia. El éxito, al correr de muy pocos años, será completo si la Compañía tiene una acertada dirección.—N. del A.

NOTA *D.*

Periódico ibero-americano

Apuntábamos en el número anterior la urgente necesidad de crear en Madrid un gran periódico que sea órgano de esta sublime aspiración de aproximar las almas de cuantos en América y en la Península hablan las lenguas iberas.

Colaborarían en él los hombres de espíritu más libre y esclarecido de España, Portugal y América.

Ninguno de nuestros periódicos se ocupa sino accidentalmente de las cosas de América. Y es natural, porque nuestro público no se interesa de eso, y hay que escribir para el público. Sin embargo, nada más esencial para la vida hispano-americana que tratar diariamente de las cuestiones que agitan á las Repúblicas hispano-americanas; y así como *Le Temps*, de París, consagra su fondo diario á tratar de la política europea, de la que depende inmediatamente la vida nacional francesa, es indispensable que ese periódico, cuya creación pedimos, trate en su fondo diario de las cuestiones cardinales que agiten á las Repúblicas ibero-americanas, de que depende inmediatamente la vida de los pueblos iberos. De esta suerte llevaría á cada una de esas Repúblicas el peso y la fuerza moral del genio común ibero, iluminando sus caminos para resolverlo todo con el mayor acierto. ¿Quién duda que un periódico así podría influir para evitar esas misérrimas cuestiones de campanario, que ponen allí, empero, en peligro la paz entre unas y otras Repúblicas? La guerra procede siempre de algún error; desvanecer á tiempo ese error es evitar la guerra; nadie como la prensa está, por tanto, llamada á influir en este asunto, porque ella es luz.

Ahora bien; se acaban de ver los gastos fabulosos que cuesta una guerra. ¿Qué importará, pues, gastarse veinte, treinta millones en un gran periódico, si evitaba gastar dos mil millones y perder doscientos mil hombres? Se gasta en un acorazado veinte millones, que caen en un momento al fondo del mar, ¿y se espantarían las gentes de gastar veinte millones en hacer el periódico más hermoso y más instructivo del mundo, cuando pudiera ser una coraza invulnerable contra todas las guerras para toda una raza?

Por eso, á toda costa, las Repúblicas americanas debieran realizar la idea de la publicación en Madrid del gran periódico que proponemos. A los españoles residentes en América, más interesados que todos en esa obra, toca tomar la iniciativa.

La cosa pudiera hacerse rápida y fácilmente.

Precisamente tenemos aquí en España á un personaje que reune condiciones excepcionales para organizar ese periódico; nos referimos al coronel Madueño, ex-ministro general y jefe del federalismo en el Perú.

Conocedor práctico de los altos asuntos de administración; conocedor asimismo de los hombres más eminentes de todas las Repúblicas americanas, es, además, un escritor de primera fuerza, por la lógica contundente que vibra en sus escritos, reflejo fiel de la claridad y firmeza de su razón. La serie de artículos que escribió defendiendo la libertad de la prensa en Lima, de que nosotros hemos reproducido alguna parte, que se han apresurado á tomar muchos periódicos españoles, puede dar idea de

la calidad excepcional de escritor que reune el ilustre ex-ministro de la federación peruana ensayada en Iquitos.

Nadie, por tanto, más apto que él para formar el cuerpo de administración y el cuerpo de redacción del periódico, organizando esa vasta institución de publicidad, que había de abrazar tan extenso radio de acción.

Conocedores de las aptitudes excepcionales del señor Madueño, no tenemos duda alguna de que su obra sería un éxito colosal.

Por eso nos permitimos excitar á las juntas patrióticas españolas formadas en las diferentes Repúblicas americanas, á que se ocupen sin levantar mano del asunto antes que las cuestiones de política interior de su patria obliguen al señor Madueño á abandonar la nuestra.

Nosotros, en lugar de esas juntas, nos dirigiríamos al señor Madueño, diciéndole:

«Rogamos á usted que se ocupe sin dilación de organizar el periódico de que habla *Las Dominicales*.

»Cuente usted con tal suma, que será puesta á disposición del honorable Consejo de administración que usted designe.»

¿No se han enviado aquí por esas juntas algunos millones consignados al Gobierno para que los arroje al mar, sin resultado alguno efectivo para defender y honrar á su patria? ¿Cuánto más digno no es de hombres ilustrados que miran al porvenir, preocuparse de crear ese órgano, que sería honor de su país y de la prensa universal?

Porque eso sí, nosotros estamos ciertos, conocedores como somos del corazón y de la elevación de miras del señor Madueño, de que haría una obra digna de su objeto.

¿Qué mucho, si estamos ciertos de que, á haberle elevado ya las circunstancias á las alturas del poder en su país, nos hubiera bastado dirigirle unas líneas para que él solo, haciendo un honor para su patria el contribuir á semejante empresa, cuyo inmenso valor moral para América conoce muy bien, hubiera facilitado con prodigalidad todos los medios al objeto?

Estrecha será la mirada de los españoles que forman las juntas patrióticas aludidas si no se apresuran á ofrecer los sobrantes que conserven, para servir á este fin más *defensivo* de su patria que todo lo que pueda conseguirse con acorazados y cañones, sirviendo así esos fondos, sin desnaturalizarlos, ni distraerlos, de la más eficaz manera al objeto para que fueran recaudados.

(De *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, del 25 Agosto de 1898.)

NOTA *E*.

San Juan Bautista de Tabasco (México), Nbre. 24 de 1898.

Sr. Coronel D. Mariano José Madueño.—Barcelona.

Muy distinguido amigo: Con el vivo placer de siempre, acabo de recibir su interesante carta del 25 de Septiembre, llamándome la atención que hasta esa fecha no hubiera V. recibido mi respuesta á su anterior de Abril último.

La que con esta me acompañó V. para la Sra. Laura Méndez de Cuenca fué remitida inmediatamente á su destino, pero aún no tengo el correspondiente acuse de recibo.

Con mi contestación á su citada de Abril le envié un interesante estudio histórico del naturalista y filólogo tabasqueño D. José N. Rovirosa, con el cual me permitía ponerle en relación, por ser uno de los que con más decisión comulgan con nuestras ideas. Sentiría yo que se hubiera extraviado mi envío.

Acojo con todo entusiasmo su idea de fundar un diario consagrado á la defensa de los intereses de la raza latina y estoy decidido á ayudar á V.

y á sus distinguidos colaboradores empeñosamente en obra tan trascendental. Desde luego me he puesto de acuerdo aquí con el Consul de España y los gerentes de las principales casas de comercio españolas, muchos de los cuales son mis clientes, y hemos resuelto escribir á los Sres. D. Telesforo García y Lic, M. Sánchez Mármol, que residen en la capital de la República, para hacer la propaganda allí. El primero de dichos señores es el banquero español de más prestígio en la Colonia y un literato de nota así como el segundo.

Sería bueno, á fin de que aquí tuviera la idea más resonancia, que desde luego se estableciera la Junta directiva en Madrid ó en esa ciudad y que se dirigieran á los españoles más prominentes que residen en este país; sin olvidar al Lic. J. Sánchez Gabito y á D. Iñigo Noriega, este último el más influyente en las esferas oficiales y español patriota á todo serlo.

Dentro de dos ó tres meses haré mi viaje anual á la ciudad de México y aprovecharé la oportunidad para hacer mayor propaganda.

Entre tanto estrecho afectuosamente sus manos y me repito de usted atento amigo s. s.

J. C. Santa Anna (1).

Madrid, Diciembre 21 de 1899.

Sr. Coronel D. Mariano José Madueño.—Barcelona.

Muy recordado y distinguido amigo: Me refiero á sus dos muy interesantes cartas de 5 y 26 de Noviembre último, á que acompaña sus dos importantísimos proyectos sobre fundación en la Península de un gran diario hispano-americano el uno, y organización de la Compañía hispano-peruana del Amazonas el otro.

Ambos proyectos son de mi absoluta aprobación. Unir bajo el emblema de un gran periódico castellano los elementos dispersos de la gran familia hispano-americana; estrechar los vínculos que ligan las repúblicas de América á la madre patria, es una gran idea que no dudo contribuirá poderosamente á la unificación total de la raza latina, más necesaria ahora que nunca por las ambiciones de predominio que claramente manifiesta la raza sajona y que tienden á la dominación universal.

Semejante idea es seguro que encontrará resonancia en todos los países latinos del Nuevo Mundo, y los hombres de valer en todos los ramos me figuro que han de prestar su concurso para la realización de su pensamiento así en España como en América.

Conviene por lo tanto dirigirse á ellos exponiéndoles el plan; y con sus contestaciones, que espero fundadamente sean satisfactorias, porque no puedo suponer que permanezcan indiferentes ó nieguen su concurso á un proyecto salvador quizá de los peligros del porvenir, proceder á su inmediata realización, para lo que debe V. contar desde luego con mi persona y mi modesta fortuna que con el mayor gusto pongo á disposición de idea tan vasta, generosa y previsora.

El otro proyecto sobre constitución de una Compañía hispano-peruana de navegación y negocios en el inmenso Amazonas es también interesantísimo y sería tan provechoso para el comercio español como para el Perú. Ambos proyectos merecen, por la importancia que revisten, pronta y decidida secundación, como factores muy apreciables de la reconstitución del país.....

. . . . . .

Me repito de V. con toda consideración afmo. amigo y s. s. q. b. s. m.

Conde de Valdemar.

---

(1) Distinguido jurisconsulto y literato mexicano.

la